



THE PLANETARY SYSTEM

Ideas, Fórmulas y Formas para las Nuevas Cultura y Civilización

LA TEORÍA DE LA LUZ (Primera Parte)

(Enzio Savoini; septiembre del 2001)

info@theplanetarysystem.org

LA TEORÍA DE LA LUZ

Í N D I C E

INTRODUCCIÓN	3
1. La Naturaleza de la Luz	7
a) Tres axiomas	7
b) La situación actual	9
c) La Trinidad luminosa	12
d) El nacimiento de la Luz	13
2. La Velocidad de la Luz	15
a) Las Distancias y las Direcciones	18
3. Los Rayos, las Ondas, los Ciclos	21
a) Los Colores de las cosas	22
b) Los Rayos	24
c) Las Ondas	25
d) Los Ciclos	26
e) Las Tinturas	27
f) La Luz y la Geometría	28
g) El Arcoíris (el espectro de la Luz)	30
h) Espejos y Reflejos	31
i) Las Sombras	32
4. Las Direcciones de la Luz	35
a) La Luz horizontal	36
b) La Luz vertical	36
c) La Luz oblicua	37
5. El gran Arquitecto	39
6. El Magnetismo luminoso	41
7. La Luz, el Ciclo y la Rotación	43
a) La Luz en el Sistema Solar	47
Compendio	48

INTRODUCCIÓN

Los misterios son la Luz, que, por muy amada y estudiada que sea, continúa siendo un misterio. Quien se prepara para la iniciación debe, por lo tanto, cultivar el pensamiento de la Luz, pues ese paso lo eleva a verla en una Luz superior. Nos elevamos de Luz a Luz. En la serie de estos recuerdos, después de los Misterios, sigue la Luz.

La ciencia lleva más de tres siglos estudiando los fenómenos de la Luz, pero aún no ha formulado una teoría general: hay muchos capítulos, pero falta una visión de conjunto. Además, en las últimas décadas parece haber desviado su atención hacia otra parte, pero sin olvidarla. La investigación en este campo está estancada. Quizá sea solo una pausa antes de reanudar, mientras que la física cuántica elabora otras teorías más abstractas.

En los siglos pasados, el estudio de los fenómenos ópticos y luminosos entró en crisis cuando se descubrió la doble naturaleza de la Luz, revelada sin lugar a dudas por experimentos y observaciones. Por primera vez, los investigadores se han enfrentado sin saberlo a la naturaleza del intelecto, que es una de las diversas luces del hombre, y al enigma de su función dualista, que revela los problemas, pero los resuelve solo parcialmente.

Ese misterio desconcertante (¿Cómo puede una cosa ser dos cosas diferentes?) sigue sin resolverse; y solo después de décadas de diatribas, comprobaciones y sorpresas, la ciencia se ha resignado a constatarlo y aceptarlo, y ahora renuncia a explicarlo. Por mucho que parezca reconocer una derrota, esta actitud no carece de sabiduría, pues el problema no está en los instrumentos físicos, que en teoría siempre pueden ser mejorados, sino en el razonamiento, que es un dispositivo psíquico de bello esplendor, pero activo en un campo definido. La pausa de la ciencia para reflexionar sobre el tema de la Luz podría permitirle ir más allá de sus capacidades analíticas intelectuales y descubrir otra fuente de Luz superior que vive en el ser humano y que es capaz de sintetizar. Entonces reanudaría su marcha sin temor a equivocarse. Pero ese tiempo aún es una incógnita del futuro.

Por razones que este estudio se propone ilustrar, *el problema de la naturaleza de la Luz, como cualquier otro, solo puede ser resuelto por la propia Luz*. Querer afrontarlo manteniéndose en la sombra, casi con miedo a la Luz, refugiándose detrás de instrumentos cada vez más complejos, evitando buscar directamente la Fuente y otras actitudes típicas de la ciencia materialista actual, ciertamente no son loables y solo conducen al fracaso.

La investigación científica se ha ido hundiendo poco a poco en la complejidad, hasta el punto de considerar riguroso y digno de atención, y en definitiva verdaderamente científico, únicamente lo que es muy complicado y es accesible mentalmente solo para unos pocos expertos. Esto excluye a la mayoría, al mismo tiempo que aumenta la soledad y el imperio de unos pocos, quienes son escuchados y creídos con gran respeto por el público en general. La ciencia ha seguido exactamente el mismo camino que ha hecho la religión. Al inicio, esta era sencilla y abierta, pero con el tiempo ha ido complicándose y ha acabado convirtiéndose en una teología, hasta volverse abstrusa e incomprensible, lo que ha resultado en la separación entre los fieles y el clero, y a aquellos los han dejado a su merced.

A fin de seguir el camino inverso y volver a la simplicidad de pensamiento y de palabra, intentamos describir la actitud actual de la ciencia respecto a la naturaleza de la Luz, de la siguiente manera:

1) Una vez zanjadas las diatribas y controversias, se reconoce que la Luz es un fenómeno físico de naturaleza dual, ya que se manifiesta tanto de forma corpuscular y discontinua (rayos, fotones, radiación), como oscilante y continua (ondas de luz).

Admitido esto, la ciencia no investiga la correlación interna entre las dos naturalezas, es decir, entre las ondas y las partículas, ni el origen de este dualismo, ni los diferentes efectos que se derivan de él. Estudia los fenómenos de forma ambigua, interpretándolos a veces como rayos (óptica en general), a veces como longitud de onda (espectro luminoso); y raramente, quizá nunca, toma en cuenta ambas naturalezas.

Esto es un gran error. Si los fenómenos luminosos se estudian como si las ondas y los rayos fueran sinónimos o equivalentes, entonces se pierde el objetivo. La doble naturaleza no significa ambivalencia. Ambos aspectos no son intercambiables, no tienen por qué desempeñar funciones idénticas. En otras palabras, si la Luz es así, entonces de debido a una razón profunda y esencial, no solo para avergonzar al investigador; y es esencial investigarla a fondo.

El intelecto es honesto; pero el intelectual está desconcertado, está siendo puesto a prueba, se halla en el límite de sus capacidades racionales; y es bueno notar que todo esto sucede adrede y a causa de la Luz, que es iluminadora, reveladora. La reciente física cuántica no ha desbloqueado hasta ahora la situación, y no podrá hacerlo ni siquiera en un futuro próximo, ya que se trata de una aportación intelectual adicional, y por lo tanto es insuficiente. Pretende sustituir a la física clásica (Galileo, Newton), pero, por lo que sabemos, solo difiere en sus postulados, no en su esencia o método.

2) Actualmente se acepta que la luz se propaga en el vacío a una velocidad de unos trescientos mil kilómetros por segundo¹. Este valor, después de algunos experimentos y teorías, se asume como una constante universal (Einstein): no puede ser superada o reducida, y es la misma para cualquier fuente de luz, cósmica o artificial.

Desde hace algún tiempo, en física, se cree haber descubierto diversas constantes (Planck, Einstein) a las que se aferran diversas teorías. A partir de esto, se diría que la ciencia moderna —sin decirlo— piensa en el Universo como un conjunto variable que gravita aferrado a unos pocos valores absolutos e invariables, inamovibles, que actuarían como bisagras. No hay ningún prado en el que dos briznas de hierba sean idénticas; sin embargo, se supone, arbitrariamente, que las innumerables estrellas emiten la misma Luz con una velocidad «constantemente constante».

¹ Experimento de Michelson y Morley, 1881.

3) La Luz es una energía puramente física; no existe ninguna conexión entre la Luz, la inteligencia y el pensamiento. Los poetas y los simbolistas tienen la licencia para utilizarla en sus expresiones, pero son meras alusiones, sin correspondencia real con la realidad material.

Este absurdo es consecuencia de la actitud agnóstica que comparten la mayoría de los científicos, que no se declaran ateos ni irreligiosos, sino que se abstienen de entrar en campos no considerados científicos. Y de esta manera, sin darse cuenta, dividen lo indivisible.

4) La Luz es una energía electromagnética, puesto que se propaga en el vacío con la misma velocidad que los fenómenos electromagnéticos. (¡Sic!)

Este último axioma es uno de los más extraños y difíciles de aceptar para una mente libre, puesto que postula que la misma velocidad es suficiente para garantizar una naturaleza idéntica, lo que nunca ocurre.

5) Los colores de las cosas son su propiedad inherente, es decir, existen invisibles, incluso en ausencia total de Luz. Además, lo que aparece son las vibraciones de las cosas que el objeto repele: el color del geranio o del rubí es cualquier cosa menos rojo; los verdaderos colores no son cognoscibles.

6) Todas las fuentes de luz emiten Luz de la misma naturaleza: el color y la intensidad varían, pero una estrella y una lámpara eléctrica producen una energía idéntica, que, como se ha mencionado, se propaga *en el vacío* con la misma velocidad. Según este supuesto, se ha introducido una medida de distancia, el *año luz*, que ahora es habitual y popular, incluso en sentido metafórico.

En realidad, esta unidad de medida no es lo suficientemente grande, ya que las distancias cósmicas son de tal magnitud que bien podrían medirse en centímetros. Habrá que introducir el *siglo luz* y el *milenio luz*, para facilitar los cálculos astronómicos y, a la inversa, la milésima de *segundo luz*, para utilizarla en los cálculos atómicos.

7) Después de tantas investigaciones, experimentos y teorías, se admite que no se sabe qué es la Luz (al igual que no se conoce la verdadera naturaleza del magnetismo, la electricidad, el pensamiento, la Vida). Se han comprendido e investigado ciertos fenómenos, se conocen muchas propiedades físicas que se utilizan, pero la esencia sigue siendo un misterio. La tendencia materialista y la mentalidad agnóstica de las que todavía está impregnada la ciencia impiden los mejores y más brillantes descubrimientos; por lo visto, se conforman con los menores y más inciertos.

Las frases de esta lista no pretenden compendiar la inmensa investigación de los últimos tres o cuatro siglos, ni mencionar todas las teorías fragmentarias desarrolladas para explicar los diversos fenómenos lumínicos. Ellas son verdaderas e indiscutibles: señalan el estado actual del arte de la ciencia, aunque de la manera más sencilla; y esto es suficiente para los propósitos de este estudio. Estas frases pretenden describir una serie de pseudoprincipios fundamentales ubicados en las fronteras actuales de la investigación científica, que se sigue, a duras penas, respetándolos.

Más tarde, a estos se opondrán otros, mejor estructurados, para establecer la parte durable de la nueva teoría. Sin embargo, entre estos y aquellos hay una diferencia: los nuevos no actuarán, como se verá, como límites infranqueables, como lo hacen aquellos. No impedirán otros caminos posibles. En cambio, los anteriores cierran y definen el campo, hasta el punto de asfixiarlo. Parecen proteger, pero en realidad limitan. En lugar de respetarlos, como hace el pensamiento científico oficial, hay que romperlos y superarlos, lo que no es nada fácil, teniendo en cuenta la mentalidad, la orientación general y el debido respeto que se debe a los científicos de hoy y del pasado, que ayudaron a construirlos y aplicarlos. Pero nada es imposible para la mente del corazón.

Por esto, reflexionaremos sobre algunas consecuencias impuestas o derivadas de la presencia de estos principios fundamentales, que deben ser tenidos en cuenta en aras de la verdad, a pesar del silencio y la inercia de la ciencia. Las nuevas hipótesis parecerán —con razón— frágiles e inconsistentes, inciertas e indemostrables con los métodos ordinarios del intelecto.

Expresarán pensamientos ciertamente inusuales, sin intención de convencer o esclavizar la mente de los demás, serán más bien como aventuras mentales alegres y libres ante que una predicación de supuestas verdades. En todo caso, el valor de estas nuevas hipótesis radica en la libertad de concepción, que es indiferente a la arrogancia, al entono y al ceño fruncido de muchos escritos científicos y de otro tipo. Se ofrecerán como regalos a quienes las aman, por muy frágiles y transparentes que sean.

1. LA NATURALEZA DE LA LUZ

Esto no es un escrito científico y no pretende refutar ni convencer. Los pensamientos a los que se refieren son libres, llenos de asombro ante la belleza y la armonía de la creación. Están cargados de energía psíquica; estos, una vez emitidos al Espacio, ayudan a formar una nueva visión; pero no se oponen, no contestan, no son rebeldes. Si en estas páginas se discuten y critican a menudo las opiniones científicas actuales, es solo para ilustrar la novedad de la nueva teoría, no para demolerlas.

Si esta contiene alguna pizca de verdad, será imposible bloquearla, por lo que sería inútil querer respaldarla con argumentos de diversa índole; si, por el contrario, carece de ella, se desvanecerá sin levantar ninguna oposición mental. Quien escribe no es un científico, por eso no siente el peso ni la oposición del pensamiento académico, que lo controla todo y no tolera las defecciones; está en la feliz y rara condición de pensar libremente y sin miedos.

a) Tres Axiomas

Comenzamos con tres axiomas, que constituyen la base del estudio:

1) La Luz no es solo un fenómeno físico: vibra en todos los niveles de la Sustancia, y no únicamente en esa esfera reducida. Limitarla de este modo socava el estudio, y esto es inaceptable y engañoso: es como pretender comprender al hombre basándose únicamente en sus pisadas.

La Luz es una Inteligencia divina. (Primer principio fundamental)

Esta afirmación ilumina las demás que siguen: es el primer efecto de la Luz. La luz es sutil, no tiene concreción. Asiste, nutre, guía, revela, pero permanece intangible porque es sutil. Es trascendente. No tiene formas propias, pero planifica todas. *Solo lo que no tiene forma es capaz de mostrar los aspectos diversos y cambiantes de las cosas.*

La Luz, una Inteligencia divina, se expresa y se manifiesta en todos los niveles de la Sustancia espacial, con diferentes leyes. Es física, emocional, mental, supramundana, pero sigue siendo inseparable. Pensemos en el agua, que, presente en los tres niveles de concreción física (sólido, líquido, gaseoso), permanece unitaria; obedece a leyes diferentes, adopta los aspectos más disímiles y continúa siendo agua. No tendría sentido considerarla, por ejemplo, solo como líquida. ¿Por qué entonces limitar el estudio de la Luz al nivel físico? No hay barreras entre los varios aspectos de la Luz.

Dado que la Luz es Inteligencia divina, vivir inmerso en la Luz es prodigioso. El hombre moderno no es sensible al milagro de la Luz, que la considera «natural», repetitiva y

monótona. Solo la considera más potente que la artificial, lo que dice mucho sobre su capacidad de observación. En la antigüedad, como no había la luz eléctrica, se veneraba la luz solar (los egipcios). La Luz de la razón, relativamente más tenue que la actual, no oprime la del corazón. Hoy la situación está invertida, por eso, sin renunciar a las luces del intelecto, necesitamos redescubrir (y utilizar) la Inteligencia suprema.

2) La Inteligencia siempre persigue un objetivo, animada por un propósito, de lo contrario sería inútil. Este primer aspecto es totalmente ignorado por la ciencia, que, habiéndola reducido a un banal fenómeno físico, no se molesta en comprender para qué sirve. Parece creer que se puede vivir sin luz, igual que se vivió durante milenios sin el uso de la electricidad y no se sabía nada del magnetismo (la Luz, afirma la ciencia, no es más que un fenómeno electromagnético). En resumen, la Luz sería una «comodidad» no imprescindible.

Ya se ha mencionado el reciente descubrimiento científico del dualismo de la Luz, por lo que ahora se acepta que la Luz funciona *mediante rayos y ondas* simultáneamente. (Esta nueva teoría afirma, en cambio, que se trata de un ternario, puesto que reconoce la presencia de la energía directiva de la voluntad, que la dirige a un fin según un propósito.)

El segundo axioma se refiere a su aspecto continuo y oscilatorio y lo describe:

La Luz es el Amor magnético espacial. (Segundo principio fundamental)

Es la propiedad menos conocida hoy en día, en todos los campos de investigación. De hecho, las ondas de luz son estudiadas como simples vibraciones físicas, sin otra cualidad que el color. Quien está dotado de un mínimo de Luz mental, la reconoce, sin embargo, a la hora del crepúsculo, por la mañana y por la tarde, cuando el poder de la Inteligencia luminosa aún no se ha expresado plenamente o ya está templando su vigor: el amor es captado en esos momentos, ya que las ondas de luz no proyectan sombras, no empujan, sino que rodean y abrazan las cosas y a las criaturas.

Más adelante veremos con más claridad que el conjunto de ondas puede llamarse, con cierta razón, «Luz oscura» o «Luz sin Luz», lo que es fundamental para esta teoría. No es imperceptible, como sugieren estas expresiones. Pensemos en el fondo oscuro del cielo nocturno, que *hace visibles las estrellas*; por lo tanto, es activo, operante, y las destaca: *es la manifestación de la Luz oscura*.

3) El tercer axioma se refiere al tercer aspecto, lo irradiante:

La Luz es el gozo. (Tercer principio fundamental)

De hecho, la característica del gozo es el estado radiante. No es la felicidad, que es tranquila e íntima; tampoco es la dicha, que es suprema e indiferente. *El gozo comunica, transmite, ilumina, arroba*. Los rayos lanzan al Espacio el gozo penetrante de la Inteligencia divina.

La naturaleza, que está inmersa en esos rayos y tocada por ellos, está impregnada de gozo; por eso las plantas y las hierbas florecen, los minerales cristalizan y el mar y el cielo sonrían. El gozo de vivir canta en los cachorritos, en los niños (los cuidados de la existencia aún no lo han atenuado) y en el corazón de los ancianos, si han vivido bien. La ciencia debería darse cuenta de que el estudio de la Luz es un motivo de gozo.

Estos tres axiomas no son abstracciones filosóficas. Ayudan, paso a paso, a transformar la existencia. Vivir en la Inteligencia, en el Amor y en el Gozo solares es muy diferente, y superior, a luchar penosamente entre las sombrías tareas cotidianas, en la búsqueda constante del bienestar material e ilusorio. No se trata de descuidar el trabajo y otros compromisos, sino de aprender a realizarlos y elevarlos conscientemente al ámbito solar, pero siempre atentos a la realidad de sus ilimitados recursos de Luz y Vida. Es como tener o no tener alas.

b) La Situación actual

La concepción científica actual, aplicada a la existencia humana, describe un mundo paradójico e imposible. El hombre común no se da cuenta de esto, porque está absorto en sus propios asuntos; el científico, curiosamente, no se da cuenta de lo absurdo de sus teorías; los jóvenes siguen sus pensamientos distraídos y, a veces, felices; los ancianos piensan en la muerte que todo lo borra. El hecho es que nadie parece reflexionar sobre la representación del mundo que ha sido inculcada por la ciencia moderna y sobre las consecuencias de ella, cuya gravedad es tal que resulta insostenible. En verdad, para soportarla, no hay que pensar en eso en absoluto, confiando en el corazón, que, aunque inconscientemente, la rechaza.

La situación se describe en dos momentos, que corresponden a la experiencia cotidiana común de la Luz: el día y la noche. No existe una tercera fase: o se vive en la Luz nocturna o en la diurna. Siempre estamos luchando con los diversos poderes de la Luz, de los que no podemos escapar.

1) Como sabemos, el Cielo nocturno está poblado de Luces. Desde el principio de los tiempos, los hombres han observado las estrellas, las han nombrado, las han reconocido, las han utilizado para orientarse y algunos, incluso, las han amado como a seres vivos.

Según la ciencia, la Luz de las estrellas se propaga (en el vacío) con una determinada velocidad, que se ha medido y se afirma que es constante, insuperable y es la misma para todas esas fuentes. Esta es una velocidad muy elevada para el hombre y las hormigas, pero muy pequeña para los infinitos del espacio; para estos, la Luz corre como un caracol; su lentitud es exasperante.

Como resultado, y lo que es embarazoso, *las estrellas que son visibles actualmente ya podrían estar extintas desde hace milenios, y no se sabe nada de las que se han encendido mientras tanto*. Por lo tanto, todo el firmamento (estrellas, galaxias, cúmulos estelares), que ha sido diligentemente observado y computado por el astrónomo, *es tan solo probable, y nunca*

será posible saber más ni determinar cuáles de las fuentes de luz visibles están realmente activas. Incluso el Sol, cuya luz tarda ocho minutos en llegar a la Tierra, *probablemente* esté activo; y no se puede decir nada más de él, ni ahora ni nunca.

En todas las regiones y para cada objeto del Espacio, la situación es la misma: no se sabe si lo que se ve existe y funciona mientras se lo está mirando. En resumen, no se sabe quién está allá y quién no; todo puede ser diferente de lo que se observa. ¡Paradójico! Es penoso ver con qué cuidado los astrofísicos recopilan estadísticas, calculan coordenadas, componen y actualizan catálogos de objetos luminosos, que no tienen más mérito que el de ser probables. Si fueran coherentes con su planteamiento, cambiarían de profesión o de teoría.

Así es la situación, innegable, que se deduce de las teorías científicas: el Cielo visible, diurno o nocturno, es falso; y el engaño es causado precisamente por la Luz, el agente de revelación. El hombre nunca conocerá la verdad del Cielo.

La ciencia permanece indiferente; y sin embargo debería controlar su propio camino. ¿Se ha equivocado? ¿Es posible que los hombres, incluidos los científicos, hayan nacido para engañarse? Esto sería absurdo, irracional, injustificado. Hay que buscar el error, encontrarlo y eliminarlo.

No se sabe de un tal replanteamiento; y esto es un síntoma grave, porque señala que el grandioso y espectacular edificio científico, construido a lo largo de los últimos cuatro siglos, corre el riesgo de derrumbarse por estar mal fundado, por estar desequilibrado. Su estabilidad es solo aparente. El hombre no existe para ser engañado, sino que debe destruir sus propios engaños, o de lo contrario sus esfuerzos fracasarán.

2) Cuando la noche se desvanece y el Sol se eleva en el Cielo, la visión se transforma de universal a local. La Luz cambia, pero sigue siendo el elemento principal de la creación. En lugar de las estrellas, aparecen cosas y colores, y todos los sentidos están activos. Aunque la visión sea totalmente diferente, esta también es revelada por la Luz. Las innumerables fuentes de luz son reemplazadas por una única y dominante: es la gran enseñanza cósmica de la correlación eterna y cíclica entre los muchos y el Uno.

Ahora el astrónomo calla y habla el óptico, que estudia la Luz y sus fenómenos. De acuerdo con su lección, como se ha escrito anteriormente:

- a.** Los colores son una propiedad de las cosas, que persiste incluso en ausencia total de Luz.
- b.** Las radiaciones luminosas que aparecen a los ojos son las que no han sido absorbidas (es decir, han sido rechazadas) por el objeto. Los colores que se ven son engaños.

Después de los engaños nocturnos, he aquí otro, tan estrepitoso como aquellos: vivimos, literalmente, en un mundo de residuos. También en este caso, es decir, a plena luz del día, el hombre se halla en la situación de *no saber nunca cuáles son los verdaderos colores de los objetos.* Por consiguiente, no puede conocer el estado real del Cielo, no puede conocer los colores de las cosas. Todo lo que le aparece por la acción de la Luz es falso. Así enseña la ciencia, que sin embargo no lo dice con claridad, y quizás ni siquiera se da cuenta de la

desastrosa situación creada por sus teorías. ¿Cuál es el objetivo de un tal insuperable engaño? Lo peor es que, tal y como están las cosas, no hay esperanza de verdad, no hay salida: la condena no tiene escapatoria. La Luz, lejos de revelar la verdad, la distorsiona y engaña totalmente la mente.

La ciencia, a pesar de todo, continúa osadamente por el mismo camino, como si esto no tuviera importancia —entonces, hay que juzgarla, como mínimo, por ser obtusa o inconsciente—. Pero, ¿qué ciencia es, si es que lo es, inconsciente? Se concluye que *la representación del mundo que se deduce de su lección es absurda, inaceptable e incluso inhumana*.

Así pues, durante la noche y el día, el hombre es engañado por la Luz y no tiene esperanza de conocer la verdad. ¿Qué sentido tiene buscarla? ¿Para qué tantos estudios e investigaciones? Con estas lecciones, la ciencia denuncia el propio fracaso y el humano.

No se trata de despreciar el trabajo del científico, a quien se le debe mucho y que es admirable en muchos aspectos, sino solo de mostrar lo necesario y urgente que es buscar y eliminar los errores, con humildad, sin emitir reproches inútiles, con el riesgo de herir el orgullo o perturbar la fama de personajes famosos y venerados, tanto actuales como del pasado. No es la ciencia a la que hay que combatir, sino su confianza arrogante, que es innegable. La ciencia ha buscado pertinentemente conocer la materia y sus leyes; y durante casi cuatro siglos ha elaborado teorías, ha construido modelos, ha descubierto fenómenos antes ignorados y ha producido instrumentos ingeniosos y cada vez más sofisticados. Ahora ella sabe que la materia no existe realmente, sino solo energía de distintas cualidades. Ha buscado una cosa, ha encontrado otra, afirma que es la misma —pero se trata de un fracaso encubierto.

Como un fruto hermoso de tan diligente aplicación, ella presenta a la razón humana un mundo como un castillo encantado, en cuyos salones vagan inteligencias inútiles, impotentes y engañadas. Asume el papel de líder de la humanidad y le hace creer que la causa del engaño es la Luz, rápida como el rayo, lenta como el caracol.

c) La Trinidad luminosa

Describir la situación actual era necesario, porque muchos no la reconocen, muchos interiormente no creen que sea posible, y se van de engaño en engaño. Es menester estudiar la Luz sobre una nueva base; y ya se han afirmado tres principios fundamentales, que son imposibles de probar racionalmente, pero son conocidos por el corazón. Para investigar la naturaleza de la Luz no se necesitan instrumentos, por muy refinados que sean. Recurrir a esos medios no solo es inútil, sino que es humillante. ¿Por qué insultar a la inteligencia sometiéndola a resultados instrumentales? Se ha afirmado que la Luz es una Inteligencia, y esta facultad divina es ciertamente capaz de construir herramientas de diversas clases, pero son superiores a todo lo que se produce en el mundo concreto. Solo la Luz puede conocer y comprender la Luz.

Este estudio, modesto y preliminar, tiene el mérito de no contar con más herramientas que un lápiz y una hoja de papel, y estos ya son demasiados, ya que el pensamiento solo es suficiente.

La Luz es un ternario, puesto que es el TRES, lo que surge de la correlación entre el UNO y el DOS, como intentaremos demostrar en breve:

UNO	DOS	TRES
Voluntad de Luz	Amor espacial	Gozo
Inteligencia divina	Ondas	Rayos
Síntesis	Luz oscura	Luz irradiante

En la antigüedad, sin ayuda instrumental, la Luz era más amada que hoy, y se sabía que *el firmamento es como aparece*, no una probabilidad. Fue entonces, en épocas indeterminadas, que gentes, ahora desaparecidas, le dieron a las estrellas esos bellos nombres que aún aparecen en los informes astronómicos, donde suenan insólitos, porque están rodeados de mitos y leyendas, entre áridos enunciados científicos. Sirio, Rigel, Capella, Altair, Arturo, Espiga (o Spica), y muchos otros nombres siguen fascinando a la mente. Hoy, esas estrellas serían denominadas con una sigla, como ocurre con las nebulosas y otras formaciones celestes recién descubiertas. La fantasía científica no es famosa por la belleza de sus inventos, y esconde esta pobreza bajo un aspecto severo.

Esta breve reflexión indica cuán más creativos eran los hombres de aquella época, que ahora son considerados como supersticiosos e ignorantes. La ciencia se ve obligada a nombrar las regiones del Zodíaco con los símbolos de los antiguos, pero no sería capaz de reemplazarlos, ni de imaginar las cualidades que ellos reconocían en estos, a pesar de haber inventado una cantidad de instrumentos ingeniosos, de los que se jacta y de los que es esclava.

d) El Nacimiento de la Luz

El Centro y el Campo (o sea, el UNO y el DOS) están en relación recíproca: el primero no existe sin el otro, y viceversa. No pueden existir separados. Cuando están diseñados, parecen estar aislados, ya que la geometría común es incapaz de expresar su tensión, pero en realidad apuntan a la unión, a la que nada se opone en el Infinito.

El Centro y la Periferia se aman; y por amor el Centro estalla en miríadas de rayos, en todas las direcciones, dirigidos a la Circunferencia. Por amor, esta, a su vez, implosiona simultáneamente y lanza sus ondas hacia el Centro. El UNO y el DOS se unen. [Así nace la Luz.](#)

Para distinguirla de la usual, abstrusa y sin vida, aquella, a la que se ha denominado psicogeometría, es *la Luz misma*. Su poder es irresistible; y así lo demuestra la sencillez con la que resuelve los problemas más difíciles, que los hace comprensibles incluso para la mente menos preparada. Ella sustituye los mitos y las imágenes utilizados en la antigüedad (la Biblia, la mitología griega, egipcia y cristiana), que a menudo son pesados y ahora ya obsoletos). La génesis de la Luz, así como se ha descrito anteriormente, no presupone creencias religiosas específicas: basta con pensar que el Centro está vivo, al igual que el Círculo y la Circunferencia, y que la correlación espacial que se establece entre ellos es puro amor magnético. Las simbologías antiguas conceden la primacía a las simples leyes geométricas.

Este paso es importante, porque abandona un montón de símbolos anticuados e introduce un pensamiento sintético que es comprensible para todos: desde las formulaciones religiosas hasta la aplicación clara y sencilla de la Geometría luminosa, aceptable incluso para el ateo y el agnóstico, siempre y cuando reconozcan la realidad de la Vida. Las verdades geométricas son verdades espirituales.

Los dos movimientos opuestos y complementarios, del Centro y del Campo, son pulsantes. Esa explosión es creadora, controlada, armoniosa y constructiva. Así es la génesis del TRES, que es Luz. *Por esta razón, ella posee en sí la discontinuidad del Padre y la continuidad de la Madre —los rayos y las ondas— y, sin embargo, es unitaria.* Los rayos son positivos, penetrantes, indetenibles y luminosos. Las ondas son negativas, acogedoras; son la Luz oscura².

Tanto los rayos, así como las ondas, son luminosos, pero de distinto tipo: el primero irrumpe; la segunda es receptiva, por lo tanto es invisible. Los *rayos* se dividen en siete colores; y, en síntesis, su Luz es blanca, o incolora; las *ondas* los absorben; y, en síntesis, su Luz no tiene Luz, ya que es la composición negativa de todos los colores. Este teorema está admirablemente demostrado por el firmamento, que muestra las dos Luces: las estrellas, brillantes, discontinuas e irradianes, y el Cielo oscuro (pero no en sombra), continuo y pasivo. El Cosmos no engaña.

² - «(...) La luz oscura es la forma oculta de referirse a la luz oculta del cuerpo físico y a la luz latente del átomo. (...)» *Tratado sobre Magia Blanca*, A. A. B., Ed. Sirio, p. 112; vers. ingl., p. 105.
- «(...) Es la luz difusa inherente a la sustancia, (...) la luz oscura (...)» *Astrología Esotérica*, A. A. B., p. 249, Ed. Fundación Lucis; vers. ingl., p. 329.

Según la concepción actual, el Espacio está vacío, pero continuamente impregnado de radiaciones luminosas y otras, emitidas por miríadas de estrellas. Por tanto, se está produciendo un desarrollo unilateral y desequilibrado, ya que la dispersión de estas energías no tiene retorno. Las fuentes de Luz dan pero no reciben. Esto es contrario al equilibrio universal que presupone la ciencia: «nada se crea y nada se destruye». El Sol se ilumina y calienta, pero no se le devuelve nada; en consecuencia, se concluye que está condenada a la extinción. El firmamento no solo es falso, sino que está muriendo.

Sin embargo, según esta nueva teoría, las dos Luces, la radiante y la oscilante, se equilibran entre sí. La oscilación periférica responde al estímulo emitido por el centro, igualándolo. Las ondas devuelven energía a los rayos, que las causaron. La unión cósmica está perfectamente equilibrada. Sin embargo, hay que considerar que el Espacio es un *pleno*, más que vacío.

El vacío, junto con el cero y el azar, solo conduce al vacío. Es imposible partir del vacío para conseguir algo. El pensamiento científico actual ha heredado de la Ilustración y la teología cristiana una colección de absurdos, y los guarda como joyas. ¡Crear “de la nada”! Si existe un Creador, ¿dónde está la nada? Y si no existe, ¿de dónde viene la creación? ¡Cuántas estructuras mentales se han impuesto a lo largo de los siglos sobre este pseudoprincipio! Del mismo modo, piénsese en la velocidad de la Luz *en el vacío*, que no existe. ¿De verdad creen que la han medido?

El Espacio es el lugar de los errores de la física moderna que, incapaz de concebirlo como algo vivo, lo considera vacío y basa sus teorías en la nada. *Todo está hecho de Espacio*, de Sustancia divina; y cuando llegue a reconocerlo, todo el edificio de la ciencia —puesto patas arriba— estará basado en el Cielo.

Las frases utilizadas para presentar la nueva teoría son ciertamente imperfectas, incompletas e inadecuadas, pero el principio es sólido y seguro: para estudiar la Luz, hay que remitirse a su génesis, y no limitarse deliberadamente a una serie de fenómenos físicos, considerados con prejuicios, como se hace hoy en día. De esta manera, se renuncia a una visión superior. Pocos temas científicos se investigan ahora con tanto oscurantismo como la naturaleza de la Luz.

LA VELOCIDAD DE LA LUZ

En las páginas anteriores se ha expuesto claramente el engaño cósmico engendrado por la concepción científica moderna. Como se niega a creer en semejante disparate, hay que descubrir y eliminar el error que llevó al castillo encantado. Está claro dónde se esconde: *está en la supuesta velocidad de la Luz.*

A finales del siglo XIX, con métodos y medios ciertamente ingeniosos, los científicos midieron la velocidad de la luz en el vacío. El último sintagma está subrayado para señalar la incongruencia inicial mencionada anteriormente. Nadie ha experimentado jamás el vacío absoluto, que es una pura abstracción intelectual, a la que nada corresponde en la naturaleza. Estudiar la naturaleza física asumiendo la existencia de lo antinatural es, cuando menos, torpe.

Repetimos que el vacío no existe, porque el Espacio —la Sustancia de las cosas— es omnipresente. No existe porque la Vida está en todas partes. No existe porque la conciencia vive, extendida por todas partes. Ni siquiera existe en el nivel físico, porque está impregnado de energías, magnetismo, irradiaciones de todo tipo, conocidos y desconocidos. El vacío es una ficción; nunca se podrá demostrarlo. Comprenderlo como un axioma es simplemente una tontería. Por lo tanto, hablar de la «velocidad de la luz en el vacío» suena mal; eso pone al descubierto un error conceptual.

En cambio, la *existencia viva* del Infinito es innegable; y la ciencia moderna ya comienza reconocer este hecho, puesto que no puede negarlo, dada la presencia de los Cielos ilimitados; y sin embargo se resiste a tenerlo en cuenta. Parece que lo tiene guardado en un cajón, para usarlo en raras ocasiones cuando le convenga.

El Infinito es una realidad, y no hay que olvidarlo, ni actuar como si no existiera, puesto que la consecuencia sería perder el camino. Vive en todos los fenómenos, físicos y de otra naturaleza, en las leyes cósmicas, en los desarrollos, en los ciclos. Penetra en todas las ciencias, en el pensamiento y en la respiración. Descuidar esta verdad por tan solo un momento es ya un grave error. No se juega con el Infinito. Su presencia implica consecuencias que deben ser aprendidas, conocidas y respetadas. Muchas ramas de la ciencia moderna solo lo recuerdan como una abstracción teórica, desprovista de toda aplicación posible. Y de esta manera acumulan error tras error, de los que ni siquiera son conscientes; y así se encaminan hacia su ruina sembrando el engaño.

Si se tiene en cuenta el Infinito, hay que admitir que *no existen las cantidades*. Lo grande y lo pequeño, lo lejano y lo cercano, lo mucho y lo poco, todos son ilusiones. *Todo es infinito*: no existen las separaciones en la realidad sin fronteras. No subsisten las distancias: este es el núcleo de la cuestión. Las distancias son cantidades. *En consecuencia, es —literalmente hablando— absurdo hablar de velocidad, una noción que depende de la distancia.*

La razón está desconcertada por esto, que es, sin embargo, un puro razonamiento. La mente débil y no preparada se queda perpleja y, a menudo, recurre a arbitrios ilógicos o a simples negaciones y rechazos para recuperar su equilibrio incierto. Pocos tienen el coraje de considerar con calma lo que a primera vista parece una locura, para resistir a la fuerza del hechizo. La Luz vive en el Infinito; esto es innegable. Nadie ha podido jamás limitarla: su naturaleza es infinita, pues es hija del Espacio infinito. ¿Por qué tendría que tener una velocidad esta reina de la Vida? Esto es un pensamiento absurdo, un oscuro producto del materialismo más estrecho.

La Luz se transmite instantáneamente. Esta es la verdad que hay que reconocer, disciplinando la razón. *O bien el Infinito existe, y entonces la cantidad se desvanece como la niebla en el sol y muestra su impotencia; o no existe, y la cantidad reina soberana y tiránica.* Este embrollo mental de la ciencia actual es hipócrita, pues reconoce el Infinito y lo niega al mismo tiempo.

En general, no hay objeciones a las afirmaciones anteriores, salvo el testimonio, considerado innegable y verdadero, de los sentidos, que refutan estas afirmaciones. Estos cuentan una realidad muy diferente, y señalan continuamente magnitudes, medidas, proporciones, cantidades, limitaciones de todo tipo. Toda la experiencia de la vida humana se opone a ello; y es una tontería negar la evidencia.

La cuestión ahora es si la ciencia busca la verdad o se conforma con los informes sensoriales. También en estas ocasiones ella se muestra traicionera y engañosa: es la primera en refutar los sentidos, calificándolos de fuentes inseguras y limitadas. Inventa instrumentos que revelan la incapacidad sensorial de ver, tocar, oír. Presenta un mundo diferente que los sentidos no pueden explorar. Sin embargo, cuando se encuentra con razones rigurosas que contradicen sus teorías, entonces apela al testimonio de los sentidos en defensa de sus posiciones. No es un procedimiento propiamente científico.

Si el Cosmos no engaña, ahora es necesario examinar la conducta de los sentidos y sus mensajes. ¿Es verdad que son engañosos? Cuántas maledicciones se han dicho sobre estos admirables instrumentos de conocimiento. Durante milenios han sido exaltados y calumniados, amados y aborrecidos. Se ha enseñado a refinarlos y a despreciarlos. Han estado, y están, acostumbrados a conocer la verdad; y sin embargo sus atractivos están condenados.

Los sentidos no engañan. Su función es revelar la realidad: ¿Por qué han de engañar? ¿Sería esto también una malicia del Cosmos? ¿Por qué dotar a las criaturas de sentidos que mienten? ¿Quién se beneficiaría de esto?

Repetimos, los sentidos no engañan: *es la persona que malinterpreta los mensajes, y propaga el error como un contagio mental.* Aclarar esta afirmación requeriría un largo discurso, lo que no se pretende aquí. Para no extender demasiado la exposición, se dan dos ejemplos sencillos:

1) Sobre una mesa, los sentidos revelan la presencia de tres nueces y una pera. El mensaje es leído de esta manera: «Hay más nueces que peras». Sin embargo, la noción de cantidad no la dan los sentidos, que se han limitado a indicar un estado de cosas, sin un juicio cuantitativo. No han tramado un engaño (la cantidad), pero han informado fielmente una situación. ¿Por qué culparlos? Si el sujeto evalúa el más y el menos según sus propios prejuicios, no hay que inculpar de ello a los sentidos.

2) Quien navega en mar abierto o camina en soledad no percibe la medida de la distancia recorrida. No se da cuenta de la deriva provocada por los vientos, ni de los obstáculos o ayudas de las corrientes marinas. En el mar y en el desierto no hay hitos ni otras referencias. De ello se deduce que los sentidos no marcan la distancia. Es el sujeto quien tiene la sensación psíquica de haber recorrido un determinado camino, y lo evalúa como distancia. La interpretación es suya; es un hábito emocional o mental, no transmitido por los sentidos, que son imperfectos, pero sinceros.

Los sentidos no son indiferentes al Infinito: el ojo y la vista lo confirman. No actúan de forma limitada, sino dentro de esferas indefinidas y variables. Son imperfectos, pero no prisioneros de ámbitos cerrados. Si el firmamento —ilimitado— a través de la diminuta pupila se refleja en la retina, ¿dónde están las magnitudes, las dimensiones, las cantidades, si los ojos son suficientes para ver el Infinito?

Cualesquiera que sean las creencias científicas actuales, la nueva teoría asume que *la velocidad de la Luz es instantánea, es decir, inexistente, o sea, infinita*. Este concepto desbarata las fórmulas actuales (que son de factura reciente) y también destruye el probabilismo descrito anteriormente. El Cielo que se ve es lo que es; y en cualquier caso es imposible demostrar lo contrario. Rumores de opiniones falsas, revestidas de arrogancia, o destrucción de un engaño, ¿cuál es más importante?

De lo anterior queda claro que entre las dos representaciones, la finita y la infinita, existe una barrera. Se ha demostrado que los sentidos no son la causa de ello; en consecuencia, esa distinción solo puede surgir de la mente concreta o intelectual, donde comienza el reino de la cantidad y de lo finito; porque, por su propia naturaleza, es incapaz de concebir y conocer el Infinito, salvo como algo inmensamente grande o pequeño, es decir, en términos cuantitativos; no logra comprenderlo como «sin separaciones ni límites». Incluso las matemáticas denominadas superiores, que razonan por «infinitesimales», consideran estas últimas como «cantidades pequeñas a voluntad» y calculan «límites» inalcanzables.

El concepto de grandeza, que no tiene sentido en el Infinito, es insuperable para la mente intelectual, incluso cuando cree que está razonando sobre el Infinito. A pesar de su notable perspicacia, Newton y Leibniz, los inventores del llamado cálculo infinitesimal, no superaron esa barrera inexistente, ante la que se vieron impotentes. Percibieron la verdad, intentaron expresarla con procedimientos matemáticos, pero el raciocinio les impuso sus límites. Tratar el Infinito en función de *magnitudes*, por pequeñas que fueran, es y sigue siendo un error. Parecería que las investigaciones de todo tipo han llevado a la humanidad al pie de la mencionada barrera. A fin de poder avanzar, hay que demolerla. Uno puede permanecer, quizás durante mucho tiempo, a la sombra de ese cobijo, dando vueltas, a fin de reunir las

energías necesarias para atravesarla, pero retroceder no es posible. Sin embargo, *se puede pedir ayuda a lo que está más allá del muro*. Demolerlo le corresponde al hombre, quien lo ha construido; pero la ayuda puede venir del otro lado, si se solicita adecuadamente. El neocristianismo es una primera respuesta.

En resumen, se constata que la pura realidad del Infinito disuelve el reino de lo concreto. Mientras uno piense en términos de distancia, o cosas similares, estará perdido en el traicionero océano de la ilusión, o prisionero en el castillo del engaño. Quienes logran escapar de ella no saben cómo transmitir la verdad a los que han quedado en ella.

Este es el dilema que plantea la cuestión de la velocidad de la luz. Quien piensa y razona de forma concreta no puede aceptar que sea instantánea, sino que se ve forzado a entrar en un Universo, que declara y reconoce el infinito, que está contaminado por todo tipo de cantidades; y por lo tanto, este Universo es probable, incierto, incognoscible, falso, engañoso. Es una actitud típica de la víctima de un engaño denunciar como falsa la verdad que no comprende. Lo mismo ocurre con la ciencia contemporánea, que asegura ser verdaderos los engaños del castillo, haciéndolo a diestro y siniestro.

La Luz es verdadera, y la verdad es Luz, que destruye el hechizo: o se la concibe como un poder cósmico revelador y omnipresente, o como un fenómeno físico, limitado y cuantificable. Aquí las conciencias se separan, durante algunos ciclos.

a) Las Distancias y las Direcciones

Las distancias son cantidades, y el Infinito las aniquila; esto ya lo hemos dicho y lo repetimos. Son, al mismo tiempo, el origen y la causa de la separación. El hombre es víctima de esto y se considera aislado en el Infinito. Ve y concibe al revés el mundo: el Espacio, que en realidad une, lo comprende como aislante y separador; el Infinito, que no es ni grande ni pequeño, le parece una extensión ilimitada que contiene innumerables cantidades. Es tan solo un mísero preconcepción, ¡pero qué poderoso! Todas las personas lo han tenido, y todavía lo tienen, con muy pocas excepciones; más aún, lo retransmiten como un contagio. Y el resultado de ello es ese mundo desolado e ilusorio donde reinan la separación y la cantidad, la duración y la extensión, que les parecen real e indiscutible.

Pero la Luz destruye las ilusiones y señala los errores.

En consecuencia, según las premisas, las distancias son engañosas; sin embargo, *las direcciones, que son distancias purificadas de la cantidad, son realidades cósmicas*. El hombre las cubre y limita con los conceptos de longitud y distancia, que separan; pero las direcciones unen. Estas también son entes espaciales; y el Espacio unifica, comunica y transmite.

El futuro de las correlaciones humanas, ahora presionadas por el prejuicio de la separación, verá cómo el poder aislante de las distancias irá disminuyendo constantemente y

el poder unificador de las *direcciones* irá aumentando. En el mundo físico de las comunicaciones, esto ya está ocurriendo, y deprisa. Todo el mundo lo sabe y hace uso de él; pero aún no se ha descubierto la energía de las *direcciones* espaciales, que no necesita otro instrumento que el corazón, y que no solo transmite escrituras y cifras, sino también sentimientos y pensamientos. Además, las *direcciones*, al ser ilimitadas, sobrepasan el entorno planetario; y así ponen al hombre en una correlación consciente con todo el Sistema Solar.

El hombre de hoy corre, vuela, va y viene: físicamente es un nómada, pero en un sentido espiritual es sedentario. Sin embargo, le espera una vida futura cercana como un nómada espiritual y semisedentario en el sentido físico. La séptima era nos depara grandes convulsiones.

Las lentes son dispositivos que amplían o reducen las imágenes de las cosas, y son de uso común. Se sabe que el resultado es un fenómeno meramente óptico e ilusorio, puesto que el objeto sigue siendo como es. El engaño es evidente y, sin embargo, no perturba las conciencias.

La *distancia* actúa de forma similar, ya que amplía y reduce. La interpretación humana, en este caso, es diferente: se sabe que el objeto no cambia de tamaño, que el fenómeno es engañoso, pero no se comprende que la causa de esa ilusión es la distancia. Si no se utiliza la lente, el objeto se ve tal y como es. Si se elimina el engaño de la distancia, no aparece ni cerca ni lejos: está donde está.

Esta comparación no es perfecta, ya que la lente puede ampliar el objeto más allá de su tamaño real, lo que es imposible a distancia. Estos son aparatos; el primero, físico; el segundo, psíquico; son análogos, pero a la vez diferentes. Pero tanto este como aquel concentran la imagen en un punto focal, geométrico en el caso de la lente; vivo, si la distancia actúa: el centro psíquico entre las cejas.

Este órgano psíquico, a veces llamado «tercer ojo», es la sede del «punto de vista»; y estas palabras lo definen bien. Es el origen de las coordenadas psíquicas de cada persona; y cuando la personalidad está bien integrada, se hace cargo de ella y la gestiona. Las cosas y los acontecimientos se valoran siempre desde ese centro, que al ser personal es relativo. El conflicto de opiniones, que perturba muchas conciencias y a menudo conduce a la guerra, surge precisamente del uso relativo del *punto de vista*, que fácilmente se lo toma como absoluto.

Durante mucho tiempo, diversas escuelas de pensamiento han enseñado a descentrar la atención del propio *punto de vista* y dirigirla a otro lugar (el corazón, la parte superior de la cabeza); y hoy en día algunas también son conocidas en Occidente.

Aquí radica la solución al problema. *Para superar el engaño de la distancia, que genera una secuencia ilimitada de «ilusiones convincentes», es necesario controlar ese centro, que es el amo del hombre común.* Es una gran empresa, pero supera todos los engaños.

La superficie de una lente debe estar ópticamente bien trabajada, de lo contrario, el punto focal no está definido y la imagen se distorsiona. En cambio, en el foco psíquico de la distancia, se forman figuras que son percibidas inmediatamente por el *punto de vista* e interpretadas

por la mente racional: surge al instante una convicción segura, confirmada y definitiva. Por lo tanto, *la ilusión nace no por la ley o la voluntad cósmica, sino por la ineficacia de la evaluación humana.*

Es la Luz la que transmite las imágenes, ya sean producidas por la lente o por la psique; y como Inteligencia suprema, no comete errores y no confunde.

¿Cómo se vive sin distancias, sin separaciones, sin aislamientos?

Se descubre la soberanía del Infinito, el poder de las *direcciones* espaciales, la comunión con el Todo, la riqueza infinita de la Luz. Se pierde el *punto de vista*, el egoísmo, los límites, la ignorancia.

3. LAS ONDAS, LOS RAYOS Y LOS CICLOS DE LA LUZ

Se ha intentado describir la génesis de la Luz, hija del Centro y de la Circunferencia, del Uno y del Dos, del Espíritu y de la Sustancia, de la Vida y del Espacio. De este esquema psicogeométrico se derivan tres consecuencias:

- 1) La Luz es un ternario.
- 2) Es Inteligencia que se expresa a través de Ondas y Rayos.
- 3) Es la causa generadora de los ciclos manifestados.

La Inteligencia es; las ondas son continuas, los rayos discontinuos, los ciclos «continuamente discontinuos». En realidad, estos últimos nunca se interrumpen (por lo tanto son continuos), pero empiezan y terminan (consecuentemente son discontinuos).

Es fácil aceptar que la Luz se manifiesta en ciclos, dada la alternancia del día y la noche, del Sol y las Estrellas. Sin embargo, esas Luces son emitidas continuamente: el carácter cíclico de su manifestación depende de la rotación de los planetas, que los determina. Su frecuencia diurna y anual mide su capacidad de absorber la energía luminosa, es decir, de reaccionar al estímulo de la Inteligencia lógica. Por consiguiente, el ciclo de la Luz es una interpretación de cada ente planetario, que lo distingue y caracteriza. *Cada planeta del Sistema Solar pronuncia así uno de los Nombres del Logos.* De ello se deduce que la Luz que permea a las criaturas es cíclica; y su frecuencia corresponde a la potencia intelectual del planeta que las alberga y nutre.



Estas notas presentan conceptos nuevos, hasta donde sabemos, y muestran cuán lejos de poder comprender la Luz aún se halla la ciencia. Esta teoría, que no se basa en el método experimental o empírico, no tiene el apoyo del pensamiento oficial y académico. Es un placentero informe de una exploración libre, que no pretende ser verdadera, salvo de forma relativa. El único síntoma de su valor es el consentimiento del corazón, que no necesita control ni aprobación externos: conoce por vía directa, por contacto inmediato, y no necesita ningún tipo de herramienta. Es el corazón el que evalúa la verdad, por ejemplo, de la correlación íntima e individual entre la Inteligencia solar y la planetaria, que se acaba de mencionar, y la comunidad armoniosa de relaciones luminosas entre todos los miembros del Sistema.

La ciencia actual, opaca y confusa, no es capaz de ello; le habla a la razón, que por naturaleza es siempre incierta y nunca concluyente. Quien confía solo en su intelecto es miope, no ve lejos, por lo que no es apto para conducir.



Se ha escrito en el punto 3 (ver arriba) que la Luz es la causa generadora de los ciclos manifestados. Por otra parte, se ha reconocido que el carácter cíclico de la Luz depende de la rotación diurna de los planetas, lo que es evidente. Como regla general, la evidencia es solo la mitad de la verdad. También es el caso aquí; la otra verdad, la opuesta, es la siguiente: la Luz causa los movimientos de rotación de los planetas.

La primera verdad no es desconcertante; la segunda hay que explorarla. ¿Puede la Luz causar un movimiento?

La respuesta es sencilla: **la Luz es movimiento**. Es, de hecho, el máximo dinamismo. La astrofísica, engañada por las apariencias, mide su velocidad, como hemos visto; en cambio, el pensamiento sintético reconoce que, *al ser instantánea, su velocidad es infinita. La Luz fusiona lo continuo y lo discontinuo; y de eso nacen los ciclos, que son «continuamente discontinuos»*.

Estas son las razones por las que se afirma que la Luz es la causa de todos los movimientos. *La Voluntad fija el propósito; el Espacio lo recibe y aporta las sustancias necesarias; la Luz lo alcanza. Este es el Movimiento. La Luz provoca la evolución.*

*

Las últimas frases son un ejemplo de la rigurosa disciplina mental que es indispensable para construir adecuadamente cualquier estructura: *afirmar y contraponer las dos verdades es lo que permite al corazón sintetizarlas*.

Requisito previo: La Luz genera los ciclos manifestados de luz.

- a. Los ciclos de Luz son causados por la rotación planetaria, diurna y anual.
- b. Las rotaciones de los planetas son causadas por la Luz y varían en frecuencia según la correlación que tengan con el Sol.

Síntesis: La luz es la causa del movimiento libre.

Estas expresiones confunden al intelectual, que, al adherirse al dualismo, elige una de las dos verdades y descarta la otra. Pero esto no se debe atribuir a la razón, que ve ambas y las señala honestamente, sino al sujeto, que decide según un prejuicio, del que a menudo es portador inconsciente.

a) Los Colores de las Cosas

Se piensa comúnmente que *el color es una propiedad del objeto, y que permanece incluso en la oscuridad total*. No se enseña en las escuelas, no se habla de ello; es uno de los muchos prejuicios anidados en la mente, que se propagan por contagio. Hoy en día, esta es una convicción muy arraigada, y es imposible verificarla, ya que para hacerlo es necesario iluminar el objeto —pero esto disipa la oscuridad que oculta el secreto de su color.

La ciencia moderna parte de este supuesto insostenible, olvida que el color es Luz, y concluye que los matices que aparecen a la vista son precisamente aquellos componentes del espectro luminoso que el objeto rechaza. Nada tiene el color que se ve: todo menos eso. El mundo entero de los colores es un engaño.

Anteriormente se ha escrito que, *según la ciencia, el Cielo nocturno y la visión diurna son falsedades*. Al estar inmerso en la Luz, el hombre vive como un prisionero en el castillo del engaño, del que no puede escapar. Este es el hermoso resultado que se logra siguiendo las doctrinas científicas de hoy; esto queremos repetirlo otra vez: la noche y el día son ilusiones que forzosamente hay que tomarlos como verdaderos. De hecho, al hombre se le niega conocer la verdadera conformación del firmamento; y así nunca sabrá cuál es el color de las cosas, y por tanto su verdadera naturaleza. Su vida transcurre en la más impenetrable de las ilusiones, de las que no es responsable.

No vale la pena gastar más palabras para reprobar esta teoría inexpresiva pero fatal, que no puede ser más negativa y tonta de lo que es. La ciencia guarda silencio al respecto; y, tal vez, dispersa como está en muchas investigaciones sectoriales, ni siquiera se da cuenta de lo que ha sembrado. Enseña que la Luz (un prodigio divino cuya naturaleza ignora) fomenta todos los engaños. Blasfema contra ese elemento cósmico que revela y diseña el mundo de la forma y del pensamiento, que, en todos los sentidos, ilumina el camino.

El asunto es tan grave que no se puede culpar únicamente al científico, que es un materialista incauto y miope, y no está impulsado por una astuta malicia. En el origen de los estragos se encuentra el Enemigo del hombre, que lo mantiene encadenado en el engaño y le sugiere absurdos convincentes.

La mentalidad general debe liberarse de esta plaga. La teoría de la Luz presentada aquí podría ser demostrada en el futuro que es incompleta e inexacta; sin embargo, tiene el mérito de haber planteado el problema y sugerido una solución. Negar la función inteligente de la Luz es pura perfidia y lleva la marca del Príncipe de las Tinieblas.



El color no es una propiedad de las cosas.³ Es un don de la Luz, una enseñanza de la Inteligencia solar, que muestra con seguridad la verdadera naturaleza, superficial e interior, de las formas. La Luz les hace comprender a las inteligencias menores del Sistema con mensajes silenciosos, pero claros y comprensibles.

Que los colores no son inherentes a los objetos lo demuestra el hecho de que cambian con las horas del día, las estaciones, las latitudes, el estado de la atmósfera. Un mismo objeto no tiene los mismos colores por la mañana y por la noche; esto todo el mundo lo sabe. Entonces, ¿cuál sería su propio color?

³ Consultar en la pág. 5, n.º 5.

Cada día, la Luz solar pinta, ritualmente, las cosas bellamente de nuevo, porque la Luz viva se renueva, inventa; y para alcanzar la meta siempre comienza de nuevo. La luz ama las cosas, las delinea, las comprende: ese es su admirable trabajo.

Tras la puesta del sol, los colores desaparecen poco a poco, y el manto infinito del Cosmos está pronto para aparecer, constelado de innumerables Luces que, cada una de forma diferente, repiten el mismo proceso. Mañana será otro día.

La Luz no engaña. Los colores cambiantes de una gota de agua, del agua del mar, de los cristales de nieve, de la aurora y del atardecer, la luz de las estrellas, de las llamas, todos describen las cualidades inherentes a estas, hasta el mínimo detalle. Solo la Luz puede narrarlas y el corazón puede comprenderlas.

Leer los mensajes de la Luz, es decir, *comprender los colores*, todavía no es posible: la Luz humana todavía es relativamente tenue. Sin embargo, un día se llegará a comprender el lenguaje cromático, e incluso a utilizar la Luz como energía motriz y como Maestra omnisciente. Vivimos en el Espacio y en la Luz, pero no sabemos cómo usar su poder ilimitado.

b) Los Rayos

Los rayos son entidades sutiles de luz: nadie sabría cómo medir sus dimensiones. *Por eso lo concreto no los detiene.* Las cosas (concretas), sea cual sea su composición química y física, son transparentes a los rayos. El poder penetrante de la Inteligencia solar (los rayos) explora los espacios interatómicos de las cosas, para iluminarlos y nutrirlos. *El interior de las cosas está lleno de Luz:* no alberga sombras. Cabe señalar que si el átomo repite en sí el modelo del Sistema Solar, como enseña la ciencia, entonces el Sol debe conocerlo. Si esos espacios atómicos no fueran iluminados por su Luz, toda la construcción solar colapsaría. El Sol, que para el astrónomo parece distante e indiferente, desprovisto de conciencia, sin propósito, está en cambio omnipresente en su Espacio; está íntimamente activo en toda forma: no hay un solo lugar que quede sin un ciclo de Luz.

Los rayos no se limitan tan solo a atravesar los objetos; si así fuera, su acción sería inútil. Ellos son la energía constructiva y directriz de la Luz; y ordenan las estructuras que encuentran, nutren su desarrollo, las adecuan a su propósito natural. Son actividades invisibles, porque son internas, pero indispensables para el equilibrio general. En síntesis, los rayos controlan los desarrollos y los crecimientos, cuyos ciclos dirigen, y proporcionan la energía necesaria para estos.



Pensemos ahora en un templo que ha sido orientado por los constructores en el eje de los equinoccios. Los rayos del sol lo atraviesan, según el día, la hora y la estación. No solo iluminan las naves, que son los espacios abiertos, sino que también atraviesan los átomos de los materiales que lo componen. Ese templo, así dispuesto, tiene su propia micro- y

macrogeometría, que coinciden con la solar, y esto da lugar a una resonancia luminosa que de otro modo sería imposible. Todo vibra según un canon unitario, que varía de un día a otro.

Es comprensible por qué los antiguos constructores, de los pueblos más diversos, dieron tanta importancia y dedicaron asiduo cuidado a la orientación de los edificios sagrados. Hoy esto se considera como el fruto de una ignorancia supersticiosa —lo que dice mucho sobre la ciencia contemporánea.

Las formas son transparentes a los rayos. La Inteligencia solar no encuentra obstáculos.

*

Todos los centros emiten rayos, pues de lo contrario no serían centros: esto se deduce del teorema de la génesis de la Luz (ver pág. 13). Los núcleos atómicos son ciertamente centros, por lo tanto proyectan Luz en su campo: lo irradian y allí levantan ondas de Luz oscura. Estas Luces poseen poca intensidad y el hombre no las percibe; sin embargo, demuestran que la forma está viva y explican las terribles radiaciones que la bomba atómica ha revelado trágicamente. Todo es Luz en el Sistema Solar.

c) Las Ondas

Las ondas luminosas son tan sutiles como los rayos, pero *se propagan con un frente continuo*. Consecuentemente, quedan atrapadas en las redes atómicas de las cosas, que actúan como filtros. Algunas frecuencias pasan, como los rayos, otras son capturadas. En definitiva, no todas pasan a través de ellos, dependiendo tanto de la frecuencia de la onda como del tipo de rejilla.

Esta es la causa de los colores de los objetos. Las cosas concretas son dualistas y reaccionan a la Luz, que también es dual, de dos maneras. Son transparentes a los rayos, pero retienen esas vibraciones de la Luz que corresponden a su composición química. Anteriormente, la Luz global de las ondas se denominaba «oscura»; ahora se descubre que es la causa de los colores del mundo diurno. La Luz «blanca» dirige, edifica, comunica, penetra, comprende; *a través del color, la Luz oscura revela la naturaleza de las cosas*.

Se ha de tener en cuenta que hay dos elementos que intervienen en la determinación del color de las cosas, como se ha escrito, a saber: las ondas de Luz y la red atómica. Esta última no tiene parte activa en el proceso, pero su estructura es decisiva: igual retículo, igual color. Cuando el retículo, es decir, la composición química, cambia, el color varía y lo señala. La Luz dota con precisión de sus propias características.

Los cambios de color dependen, pues, del ciclo de la luz, cuyas fases sucesivas describen, y de los cambios químicos del objeto. Los primeros son siempre graduales y continuos, los otros pueden ser abruptos o repentinos.

*

La exposición de esta teoría es ciertamente imperfecta. El Lector ha de tener cuidado con el siguiente peligro: evitar pensar que la Luz sea una suma, o un compuesto, de ondas y partículas. En cambio, ella es la *síntesis* de las dos naturalezas, una esencia inviolable que se manifiesta de dos maneras complementarias, y que permanece desconocida.

Tal como están las cosas, es lógico pensar que la Luz manifestada actúa de dos modos: *los rayos y las ondas desempeñan tareas diferentes y causan efectos distintos*. La Inteligencia de la Luz se comprueba precisamente por su dualismo activo. Mientras que la razón utiliza el dualismo para aclarar el pensamiento y lo descompone en dos verdades opuestas, una de las cuales es elegida arbitrariamente por el sujeto, la Luz lo utiliza para componer y transmitir la única verdad central e inexpressable. La razón divide, la Luz unifica y sintetiza. Esta es quizás la razón por la que el hombre tiende a creer sobre todo en lo que ve.

Las ondas son la naturaleza materna, espacial y magnética de la Luz, y hacen que las cosas sean atractivas, revistiéndolas de un esplendor coloreado según sus cualidades específicas. Los rayos se lanzan al Infinito; pero las ondas no son reacias a permanecer cerca de las formas y a embellecer su apariencia. El rigor geométrico de las cosas surge de la intervención de los rayos; sin embargo, la belleza proviene de las ondas, que las armonizan.



El Lector no debe dejarse engañar por las palabras que acabamos de escribir, que, al tratar de ilustrar la verdad, corren el riesgo de causar más engaños: si las ondas «permanecen cerca de las cosas», como se ha dicho, esto no significa que se separen de los rayos. Los objetos revelan la naturaleza dual de la Luz, pero las palabras utilizadas pueden engañar. Un verdadero sabio no debería hablar ni escribir.

d) Los Ciclos

En los últimos dos siglos, el hombre ha aprendido a construir y a utilizar dispositivos que emiten energía luminosa. Hoy en día se utilizan lámparas de varios tipos basadas en diferentes fenómenos, que resuelven muchos problemas prácticos. Las noches están cada vez más alumbradas por un sinnúmero de luces artificiales, que en muchos lugares de trabajo incluso sustituyen a la Luz solar.

Debido a su uso generalizado, a su innegable utilidad y a otras razones, se tiende a considerar estas fuentes de luz como pequeños soles. De hecho, su luz artificial tiene muchas de las características de la luz natural: reflejos, colores, sombras, iridiscencias. Incluso se llega a pensar que el Sol sea simplemente una lámpara muy grande que lleva mucho tiempo colgada en el Cielo para iluminar el mundo.

En verdad, existen diferencias abismales entre la luz artificial y la natural. *La luz natural está viva, la otra no. La primera es cíclica, la otra constante.*

Los colores producidos por el Sol cambian de continuo y señalan el progreso del ciclo de la Luz, como se ha mencionado anteriormente. Los colores son vivos y únicos; cada día los ciclos

tienen sus propios colores, que los distinguen. En cambio, la luz artificial, no tiene ciclos y repite su función de forma constante, idéntica y monótona; sus colores no cambian, no conoce el amanecer ni el atardecer. No puede transmitir vida, no puede estimular el crecimiento, porque está muerta.

La ciencia descuida el ciclo de la Luz, y los pensamientos diarios del hombre se dirigen a otras preocupaciones; sin embargo, la Luz solar, con su ciclo, nutre a todas las criaturas, pone en movimiento a los planetas y a los electrones, fomenta el crecimiento y el desarrollo de todo tipo. Si —haciendo una consideración absurda— el Sol en realidad no fuera más que una lámpara gigantesca pero sin vida, *no existiría la historia*: todos los días transcurrirían iguales y repetidos y el futuro sería una mera copia del pasado.

La supuesta igualdad entre la luz natural y la artificial es uno de los errores más graves de la ciencia, que *utiliza esta para estudiar las propiedades de aquella*. Para medir la velocidad de la Luz, para estudiar las trayectorias de los rayos y, en definitiva, en toda la óptica y la astronomía, la fuente de luz utilizada en los experimentos es artificial. Es más cómodo, permite trabajar durante el día, elimina los contratiempos relacionados con el clima y, en fin, ¿qué diferencia hay?

Durante los siglos XVIII y XIX, la fuente de luz utilizada era generalmente la llama de una vela; pero hoy en día se recurre, con alivio, a cualquiera de las fuentes artificiales que últimamente se han inventado. No se sabría decir si esto es más doloroso, cómico o demente. En todo caso, distorsiona la investigación y sus resultados.

El corazón comprende qué Luz está viva y cuál no; la razón no distingue entre ellas. Pero el corazón es una bomba, dice el físico —y así se perpetúa un engaño—. Ningún agricultor utilizaría luces artificiales, por muy potentes que fueran, para hacer crecer los cultivos. En cambio, los hombres cultos y célebres, como Einstein, que son conocedores y estimados, utilizan indistintamente la luz muerta para conocer las propiedades de la Luz viva.

Lo que distingue claramente las dos luces es la pulsación del ciclo, que revela, declara y señala lo que está vivo y lo que no. La muerte fija las cosas, interrumpiendo su devenir; y toda fijación es una señal de muerte.

e) Las Tinturas

Desde tiempos inmemoriales, los tejidos y muchos objetos han sido teñidos con diferentes pigmentos. Con estas operaciones se imponen colores que no corresponden a su naturaleza intrínseca: son violaciones, aunque legítimas, que alteran su apariencia.

La Luz viva del Sol hace desaparecer poco a poco esos colores forzados y devuelve al objeto su naturalidad. Todo el mundo lo sabe. Cualquier pigmento artificial sufre este proceso, incluso los frescos pintados en las paredes exteriores pierden su coloración no natural de un día para otro.

La Luz es inteligente y veraz, y no tolera los abusos. Este fenómeno demuestra lo que proponemos aquí, a saber, que *los colores no son propiedades de las cosas, sino mensajes*

luminosos que manifiestan su verdadera naturaleza. También demuestra de forma concluyente que la luz artificial, incapaz de hacer lo mismo, está desprovista de esa prodigiosa energía llamada Vida. Parece imposible que la ciencia no se dé cuenta: pero ¿dónde se mira? ¿Por qué las hierbas y las flores no se desvanecen, pero las tinturas sí?

f) La Luz y la Geometría

Por lo tanto, se reconoce que es la Luz (oscura) la que colorea las cosas.

Y esto no es todo. Ella no solo señala su naturaleza intrínseca —con mensajes que el hombre capta ahora pero que aún no sabe interpretar—, sino que también diseña sus contornos y su estructura, que no son cognoscibles sin la Luz.

Como se ha dicho anteriormente, mientras que el color no es una propiedad de las cosas, sino que es inventado cada día por la Luz, la geometría de los objetos es una característica de los mismos. En la oscuridad, los colores no existen, pero el tacto revela la *presencia* de las cosas.

En este punto, el asunto se vuelve más profundo. *¿La Luz revela o crea los objetos?* Una teoría de la Luz, por más elemental que fuera, no puede ignorar un problema tan bello. *¿Dónde termina el poder creador de la Luz?*

La geometría nace de la Luz, y esta de aquella. Ambas son una sola cosa. El Universo es geométrico porque es luminoso, y luminoso porque es geométrico. La geometría es el Espacio controlado por la Luz.

Partimos del siguiente teorema, que abre otros horizontes de investigación.

Existen dos geometrías: una manifestada y aparente, conocida por los sentidos; y otra real, que los sentidos no perciben. La segunda es la estructura de la primera, que de otro modo no existiría. Debe quedar claro que cuando se traza una línea con un bolígrafo, se está expresando la línea real, absoluta y viva. Si, por absurdo, no fuera así, no se podría trazar una línea recta, al no tener noción de ella.

La aplicación de esta verdad solventa el problema. La geometría real es creada por la Luz, es naturaleza o sustancia luminosa rigurosamente elaborada por la Luz. Esta diseña la geometría de las cosas, hecha de Luz, es decir, de Espacio ordenado. Cuando tales diseños, o modelos, descienden a lo concreto, diversas sustancias se acumulan alrededor de sus líneas, y aparecen formas, creadas realmente por la Luz.

El mismo proceso ocurre al escribir. El pensamiento está ordenado por la Luz, que decide sus líneas y estructuras. A continuación, la mano lo transcribe en signos gráficos.

La luz no solo colorea las formas, sino que las crea.

Se puede dar un paso más y reconocer que mientras *los rayos trazan el diseño, las ondas atraen, por amor, las sustancias adecuadas o afines que lo cubren*. La colaboración entre ellos es perfecta. *La Inteligencia divina crea las cosas a medida que piensa en ellas*. Los sistemas solares, las galaxias y los cúmulos de estrellas no surgieron como resultado de una catástrofe cósmica. Una jerarquía de Mentes iluminó su propio pensamiento; el Espacio lo acogió y lo proveyó magnéticamente de sustancias, y se hizo explícito —y el proceso sigue en curso—. *La Luz es el poder creador universal*.

Cuando los modelos luminosos descienden a lo concreto, inicia la obra conjunta del Tres y del Cinco. Esta se hace posible gracias al Cuatro, que posee el carácter central y controla las simetrías y las proporciones. *El Tres, el Cuatro y el Cinco son la trinidad constructora*.

Entonces, ¿quién, o qué, crea lo concreto? Si admitimos la génesis de la Luz, si aceptamos que da forma a los diseños interiores de las cosas, ¿de dónde proviene lo concreto, lo formal y lo exterior? Está bien la creación de lo alto, pero ¿cómo se explica lo físico?

Cuestiones como estas parecen imposibles de responder a primera vista; son perentorias y apremiantes, no dan tregua. Y sin embargo, en verdad, responder es fácil: *todo lo que es formal surge de la Sustancia, es decir, del Espacio, mediante la intervención directa del Cinco, el principio dual*. El Tres diseña el modelo celeste, incorpóreo y real; el Cuatro lo refleja en el océano de la Sustancia y el Cinco le dona la apariencia. Todo es y permanece divino.



Las teorías —y esta no es una excepción— nacen, crecen y mueren después de servir. Este ciclo es natural; pero solo funciona si el ajuste es correcto. *Es desde lo alto por donde debemos empezar*. Las verdaderas raíces están en el Cielo, no en el subsuelo, que siempre es traicionero y cambiante. La nueva teoría es quizás la primera en observar este principio. En cambio, la teoría científica actual se aleja de ella y ni siquiera la supone. Teme la Luz, no sabe cómo tratarla, no busca su valor absoluto, se limita a afirmar que es, inexplicablemente, corpuscular y ondulatoria y que posee una naturaleza electromagnética. Son conceptos pobres, y lo mismo se puede decir de los experimentos que los acompañan.

¡Se necesita mucho más que un juego de espejos, o un prisma, o una serie de lentes, para comprender cómo opera la Inteligencia suprema!

Por esta razón, al elaborar la nueva teoría, hemos mirado deliberadamente al Cielo transparente, al que pocos acuden por considerarlo enigmático, vacío e impenetrable.

g) El Arcoíris (el espectro de la Luz)

La iridiscencia es un fenómeno muy conocido, que asombra a la mente que aún conserva la frescura juvenil. Posee algo prodigioso, regocija, eleva el pensamiento. Es jubilosa.

La óptica la estudia con la implacable crueldad de la ciencia oficial:

«Los *rayos* de luz procedentes de una fuente distante, al entrar en contacto con un prisma transparente (instrumento óptico más denso que el aire), lo atraviesan; pero son desviados de un ángulo determinado, cuya magnitud varía con el material del prisma y la longitud de *onda* de la luz, que puede calcularse experimentalmente. Dentro del prisma, esto se repite varias veces y provoca la divergencia de los rayos, que salen dispersos —y aparece el arcoíris.»⁴

De modo conciso, esto es todo.

Se observa que:

- 1) La distinción entre rayos y ondas no está clara. Parece que el camino lo recorren los primeros y las desviaciones dependen de los segundos. A este respecto, la explicación es algo confusa: se siente la incapacidad científica de tratar la doble naturaleza de la Luz.
- 2) No se comprende por qué los rayos, que son entidades sutiles y, por tanto, *imparables*, en lugar de atravesar el prisma (o la gota de agua) se reflejan varias veces en sus paredes y salen, al final, sin ningún orden en particular.

Todas las ecuaciones de la óptica se han basado en el fenómeno descrito; y se construyeron lentes y otros dispositivos refinados, verdaderas maravillas tecnológicas de gran utilidad práctica en diversos campos. Quizás precisamente por este éxito, la óptica de hoy es más un estandarte glorioso que una rama activa de la investigación: parece haber agotado el impulso de los siglos pasados.



La nueva teoría conduce a una interpretación diferente. El sencillo experimento descrito no se refiere a los rayos, que pasan y no dejan rastro, sino a las ondas, que quedan atrapadas en la red atómica del prisma o del cuerpo transparente, que las filtra y ordena en función de la frecuencia.

Todos los cuerpos, incluso los opacos, son permeables a los rayos, a las entidades sutiles y algunos incluso a las ondas. Estos últimos parecen *transparentes* y a veces completamente incoloros. ¿Cómo se puede explicar este fenómeno, dado que las ondas se enredan en las redes atómicas?

⁴ Tomado de una entrada enciclopédica.

Los cuerpos transparentes son de naturaleza diversa (agua, aire, vidrio, cristales), por eso difieren en su geometría atómica y molecular; y son así porque reciben todas las ondas, sea cual sea su frecuencia. Los rayos y las ondas son filtrados: los primeros los atraviesan; las segundas son captadas por ellos y juntos componen la Luz, incolora o coloreada, según la naturaleza de ese cuerpo.



De los muchos fenómenos de la Luz, el arcoíris es el único que muestra su naturaleza ondulatoria, distinta de la radiante, y por ello *hace visible la Luz oscura*. En el arcoíris (que es un compuesto de pequeños cuerpos transparentes) se ven las ondas, y no los rayos. El arcoíris muestra las ondas y oculta los rayos.

El espectro de la Luz está poco estudiado. No se sabe por qué cada frecuencia corresponde a un color determinado; no se sabe por qué el arcoíris (el iris, el espectro de la Luz, por excelencia) es un arco, con el vértice siempre hacia el Cielo; no se sabe por qué los colores fundamentales son siete, al igual que los intervalos sonoros; no se sabe por qué la banda índigo es tan pequeña y casi imperceptible.

Estos no son cuestiones secundarias. Se trata de los colores de las cosas, de su verdadera naturaleza; y los colores son el «lenguaje» con el que la Luz explica el mundo manifestado. ¿Cómo podemos creer que lo comprendemos sin aprender de la Luz? *El arcoíris (la banda de los colores del espectro de la luz) es la clave de su misterio y su correlación con el Sonido.*

Las ondas proceden de la Madre, que es el Espacio; los rayos, del Padre, que es la Vida.

h) Espejos y Reflejos

Cuanto más lisa y pulida sea una superficie, de cualquier sustancia, tanto mejor reflejará la luz, porque, de hecho, está aproximándose a la geometría perfecta, que es Luz. Los rayos la atraviesan, las ondas rebotan en ella.

El reflejo es el fenómeno inverso de la iridiscencia. Ambos revelan la Luz oscura, separándola de la visible; pero esta muestra su estructura interna (ondas y colores), la segunda su estructura externa. *Por tanto, el espejo refleja lo superficial y lo ilusorio, el iris (el espectro de la luz) revela lo profundo y lo real.*

El espejo repele las ondas, como el prisma transparente. Ambos las filtran de los rayos, pero el proceso es inverso. Esto explica la diferencia entre los cuerpos transparentes y los espejados, que son de naturaleza opuesta.



El Cuatro actúa tanto en la refracción como en la formación del arcoíris (las superficies del prisma o cristal son lisas), y esto demuestra que los dos fenómenos están interconectados: sin un cierto grado de pureza geométrica, no se manifiestan. Sin embargo, son diferentes, porque el cristal es transparente y el espejo no, solo es liso y brillante. Por tanto, el espejo construye una imagen y el cristal revela el arcoíris (el espectro de la Luz).

La primera, causada por el brillo, es ilusoria; el segundo, causado por la transparencia, es real. El Cuatro gestiona ambos (refracción y transparencia), según la simetría y la proporción. No en vano el espejo siempre ha sido un símbolo e instrumento de magia y engaño desde la antigüedad, mientras que los cristales se han utilizado, en su mayor parte, como talismanes, como condensadores de energía.

Muy profunda es la diferencia entre la transparencia y la refracción. También se dan en los procesos mentales, puesto que el hombre que reflexiona analiza un problema, es decir, investiga sus imágenes; en cambio, cuando su mente es transparente, contempla la realidad del Infinito.

i) Las Sombras

Dado que todos los objetos son transparentes a los rayos de Luz, ¿cómo se explican las sombras?

1) Las sombras no están totalmente desprovistas de Luz. A la sombra de un muro o de un árbol, se puede escribir, leer, trabajar, ver. En parte, esto se debe a la difusión atmosférica, según la ciencia. De hecho, cabe señalar que en la Luna, en ausencia de atmósfera, las sombras son nítidas y muy oscuras.

Sin embargo, esto se contradice con ciertas fotografías tomadas en Mercurio, también sin atmósfera, que muestran sombras tenues. También hay que señalar que la Luna carece totalmente de colores, que sí hay en Marte. En realidad, la Luna está muerta y Marte está vivo, pero la ciencia no se da cuenta de ello y los considera de la misma manera.

2) Las sombras, como siempre han sabido los pintores, no carecen de color, por sutiles que fueran. El fenómeno no es el más evidente, pero no es correcto decir que son lo contrario de la Luz. La parte sombreada de un objeto no oculta completamente su color, y tampoco se puede decir que la sombra lo cubra, ya que no tiene origen propio —y lo que no tiene fuente no subsiste.

¿Qué son, en definitiva, las sombras? Son todas aquellas ondas de luz que el objeto no retiene: la sombra, y no el color, es el residuo del objeto. He aquí una posible definición: El color del objeto, sumado al de su sombra, es la totalidad de la Luz ondulatoria. Se llega a afirmar que las cosas la revelan, haciéndola visible y, al mismo tiempo, ella hace visibles las cosas, coloreándolas. Como siempre, la verdad se halla en algún punto intermedio.

Si se admite que la sombra es el residuo del objeto, se comprende que no es bueno permanecer mucho tiempo en esa Luz defectuosa y desvitalizada; no es por casualidad que las conciencias tenebrosas la prefieren y se refugian en ella.

De todas estas consideraciones obtenemos la confirmación de que el Cosmos no engaña, sino que enseña la verdad, que no oculta. Por consiguiente, el hombre vive inmerso en la verdad, no en el engaño, pero debe aprenderlo poco a poco.



Se ha afirmado que los rayos, por ser sutiles, penetran en todos los objetos; pero se objeta que en un entorno cubierto y cerrado no hay rastro de Luz, y esto contradice lo que se ha dicho. En realidad, si los rayos atraviesan algún obstáculo interpuesto por objetos, ese espacio debería estar iluminado.

Este argumento nos obliga a revisar la teoría, ya que amenaza con desbaratarla. Tal y como está propuesta, asume que no hay ambientes sin luz, lo que es negado por la experiencia común. En cambio, si los rayos son sutiles (una cualidad irrefutable), no se verán obstaculizados de ninguna manera.

El problema parece insoluble. Es necesario profundizar en el conocimiento de la Luz.



Muy a menudo, y quizás siempre, los problemas más difíciles provocan la iluminación; son mecanismos que liberan la Luz, justo donde las tinieblas parecen dominar. Este caso lo demuestra, puesto que ayuda a comprender verdades antes desconocidas.

Digámoslo de esta manera:

Los rayos son invisibles. La Luz irradiante no es realmente perceptible a la vista humana. Se manifiesta como invisible, pero es clara en su esencia.

¿Quién ha visto un rayo de Luz? Dado que es sutil, no tiene evidencia en el mundo concreto. A veces se ven haces de rayos solares que salen de un hueco entre las nubes; pero esto es un error: no se trata de rayos, sino de corrientes o flujos luminosos. Debido a su naturaleza, lo sutil no es visible para el ojo físico, porque es perfectamente transparente. Esta es la razón por la que el Mundo sutil escapa a la vista humana.

Así como está planteado, el problema está resuelto. Parecía insuperable, pero ha abierto una puerta que estaba cerrada, y con cerrojo. Los ambientes que aparecen oscuros lo son no por la ausencia de Luz, sino porque están iluminados por los rayos, que son entidades sutiles e invisibles.

Se abren nuevos campos de investigación y de pensamiento, en los que es posible moverse libremente.

1. Los objetos, de cualquier tipo que fueren, escinden el dualismo de la Luz, es decir, distinguen los rayos de las ondas, dicho de otro modo, aquellos de estas.
2. Las ondas, llamadas «Luz oscura» por su naturaleza, hacen visibles los objetos porque los colorean.
3. Los rayos —Luz radiante— en realidad no son oscuros, sino invisibles, porque son transparentes.
4. Las ondas posibilitan ver. Los rayos facilitan comprender. La acción conjunta y simultánea de ambos permiten conocer.
5. En síntesis, los rayos y las ondas son la Luz.
6. La transparencia es una cualidad común a los rayos y a las ondas, por eso es el centro de la Luz.

4. LAS DIRECCIONES DE LA LUZ

La Luz viva (solar y estelar) tiene una característica que la distingue claramente de la luz artificial: *solo viene de lo alto, o del horizonte. Nunca sube desde abajo*. Cuando se cruza el ecuador, lo alto y lo bajo se invierten. La Luz ilumina a las inteligencias menores desde lo alto, sin oponerse a la llama del Fuego, que siempre tiende a elevarse.

Este es un simbolismo poco estudiado, y es eficaz para comprender su servicio. De hecho, las estrellas emiten rayos en todas las direcciones; si existen mundos menores o subordinados en sus sistemas, entonces el susodicho principio está activo.

Por consiguiente, se justifica hablar de Luz vertical y horizontal, y estudiar sus propiedades y efectos. Las direcciones oblicuas mezclan las dos principales, que son los límites extremos de las variaciones y, al mismo tiempo, los orígenes.



Como se ha afirmado, el Infinito destruye las cantidades y, con estas, las distancias; es una Realidad que aniquila el engaño, y *el Infinito existe*. Sin embargo, quedan las *direcciones* que, depuradas del concepto cuantitativo de distancia, manifiestan plenamente sus energías. Hoy, el hombre moderno ni siquiera sospecha esto, pero se está preparando inconscientemente para esta elevación, que le espera en un futuro no muy lejano. De hecho, ya ha aprendido a comunicarse «a distancia» sin dar un paso, y está progresando muy rápido. El desarrollo está a la vista de todos, es la gran revolución de estos días, generalizada, abrumadora, que prepara las conciencias para liberarse del concepto —separador— de distancia.

Las estrellas parecen estar distantes entre sí y, en consecuencia, incomunicadas. Sin embargo, esas conciencias superiores *no están aisladas*, porque dominan las *direcciones* espaciales que, en lugar de separarlas (como hacen las distancias), las unen a todas. El Cosmos está en perfecta comunión consigo mismo. Entonces, no se ve por qué el hombre, que es un centro y, por consiguiente, emite su propia energía luminosa, no pueda hacer lo mismo con respecto a las fuentes de igual potencia.

Las *direcciones* son trazados de Luz, diseñados por los rayos (imparables y de velocidad infinita); pero la cualidad de estas no es uniforme: *varía en función de la correspondiente dirección espacial*. Suena como un juego de palabras, pero es una verdad. *Las direcciones condicionan las corrientes que circulan por ellas*. De hecho, la Meta, a la que las direcciones se dirigen, encauza en estas la cualidad de su propia energía; y la dirección, respectiva a la Meta, varía la intensidad y la condición de la energía de esta.



Las tres secciones siguientes se refieren, en particular, a las *direcciones* de la luz solar en sus ciclos diurnos y anuales.

a) La Luz horizontal

La Luz horizontal viene del este o del oeste; y estas direcciones, cíclicamente opuestas, la cualifican. Son la primera y la última Luz de la fase diurna: la fase de levante precede a la salida del Sol, la otra sigue su puesta. Aquella anuncia la inminente aparición del Sol, esta proclama su desaparición; son, respectivamente, la Luz del futuro y del pasado.

Ambos crepúsculos son breves y, sin embargo, insertan en la conciencia (que es Luz) dos mensajes diferentes, que el hombre moderno pasa por alto, no lo advierte. El primero anticipa lo que está por suceder, el segundo invita a reflexionar sobre lo que ha ocurrido. Cuando se tengan en cuenta estas ocasiones, diarias y anuales, que se abren y se cierran, que se renuevan y se conservan, muchos asuntos humanos mejorarán y se aprenderá a controlar los acontecimientos y a interpretarlos con sabiduría.



Hemos de observar que las dos Luces horizontales no proyectan sombras. La Luz matutina tiñe las cosas con colores suaves, apenas perceptibles; la vespertina las apaga suavemente. Por lo tanto, pueden considerarse como testimonios de la Luz oscura —espacial, sustancial, maternal—. Son equinocciales y, como tales, escapan a la percepción; parecen ambiguas, sin embargo son exactas. Actúan en todos los lugares, en todas las latitudes; son concedidas a todas las criaturas; constituyen las bisagras y llaves del día.

b) La Luz vertical

La Luz es vertical solo en el ecuador, en los días de los solsticios, cuando el Sol cruza el meridiano del lugar. En otros lugares siempre llega inclinada; y cuando pasa el meridiano local, indica la latitud y la fase estacional. Es el momento de máxima irradiación. Golpea desde arriba con violencia; pero es el momento de la aspiración, que induce a subir por esos rayos como si fueran una escalera.

La Luz vertical es rica en rayos y pobre en ondas. Quien sigue su poder descende, y penetra cada vez más en lo concreto; quien acoge su llamamiento asciende, y se eleva al reino de lo sutil. En el primer caso, el hombre tiende a arraigarse en el planeta que lo acoge y lo nutre; en el segundo se prepara para dejarlo, por el Cielo.



Los conceptos contenidos en estas últimas páginas son nuevos, y quizás verdaderos; de todos modos, ciertamente son preliminares. Muchos fenómenos solares (el sentido de las rotaciones planetarias, las órbitas de los satélites, los cometas) aún deben investigarse, y pondrán a prueba la teoría esbozada aquí. Por muy notables que sean, no dejan de ser secundarios y, en cualquier caso, no pueden ser tratados de manera breve.

Lo que queda es la frescura del descubrimiento, que la mente del corazón debe asimilar y hacer suya: *la luz es la energía que mueve las cosas y las conciencias*; conduce al propósito; y no existe otra razón para el movimiento. Quien no es esclavo de los prejuicios reacciona con sorpresa ante el primer anuncio, pero pronto reconoce que siempre lo ha sabido. Este es el sello de la verdad, siempre parcial y siempre más inclusiva. Las verdades que se «descubren» ya son conocidas por el corazón: lo nuevo es tan antiguo como el mundo.

Se podrá objetar que esta teoría no es más que un juego de hipótesis. Sea como sea, ¿y por qué no jugar? Sin instrumentos, ¿qué otro método de enfoque sería válido? Lo experimental —ensalzado durante siglos como insustituible, el único riguroso y confiable— llevó al barco de la ciencia a encallar, y tal vez al naufragio. ¿Cómo se puede pensar seriamente en conocer y comprender las leyes de la Inteligencia solar mediante dispositivos mecánicos, por muy ingeniosos que fueren? El llamado método «experimental» es un buen ejemplo de esas luciérnagas que los de la Ilustración tomaron por faros. La ciencia del futuro no dependerá tanto de los instrumentos, hoy considerados indispensables, que agravan la mente.

c) La Luz oblicua

La Luz oblicua nutre al planeta con energías opuestas y complementarias: la de la mañana renueva, la de la tarde conserva; la de la mañana es saliente, la de la tarde es menguante. Juntos trazan la historia energética del ciclo, que afecta invariablemente los acontecimientos externos e internos.



En este punto se pueden insertar algunas reflexiones sobre la correlación cósmica entre la Luz y el planeta, que da forma a la evolución de sus criaturas. Se ha afirmado que la Luz es movimiento, y que también es la causa del movimiento; ahora podemos profundizar en el asunto.

Al considerar un planeta, hay que tener en cuenta no solo el globo (como suele ser el caso), sino también la órbita, que es una parte inseparable de su naturaleza. Esta correlación no es la misma que existe entre el centro y la circunferencia, ya que el planeta nunca está en el centro de su órbita; sin embargo, se puede escribir que:

- a. el planeta es la órbita concentrada en un globo;
- b. la órbita es un planeta extendido sobre una elipse.

Se trata de expresiones insólitas, por no decir otra cosa; sin embargo, por ejemplo pensemos que *la tiza que traza una curva en la pizarra se expande, y que cada punto de esa línea es tiza.*

La correlación entre el planeta y la órbita es íntima e intercambiable. El primero, iluminado por el Sol, se carga de energía luminosa, que lo pone en rotación, doble, ya que la naturaleza de la Luz que lo envuelve es doble:

- a. La rotación alrededor de su propio eje, por efecto de la Luz horizontal de Levante —y este movimiento genera los rayos planetarios.
- b. La rotación alrededor del Sol, por efecto de la Luz oblicua de Levante —y este movimiento genera la órbita y las ondas planetarias.

Entonces, **el Sol con su Luz pone y mantiene el Sistema Solar en movimiento**, que, a su vez, es movido por una Luz mayor. El planeta, impulsado por la Luz, viaja en una órbita alrededor del Sol, ubicado en el centro del campo. Es inevitable, el centro y el campo se aman⁵; por eso el Sol irradia energía, la órbita reacciona con sus ondas y nace la conciencia solar/planetaria.

Hay que tener en cuenta que la Luz vertical no causa la rotación, sino que garantiza la estabilidad.

*

Resumiendo el tema de las tres Luces:

- a. Las Luces *horizontales* expresan amor y sabiduría; son opuestas pero no contrarias; introducen lo nuevo y preservan lo viejo; nutren el Devenir.
- b. La Luz *vertical*, discontinua, abre hacia el Ser e inmoviliza el Devenir. No encuentra oposición, no provoca reflejos. Es solitaria y única. Da estabilidad.
- c. Las Luces *oblicuas* conjugan el Ser y el Devenir; la oriental conduce por grados hacia el Ser, la occidental lo aleja; pero ambos promueven el ascenso al Cielo.

⁵ Consultar en la página 13, “*El Nacimiento de la Luz*”

5. EL GRAN ARQUITECTO

Este tema ya ha sido tratado cuando se afirmó que la Luz y la Geometría son sinónimas. Además, se ha llegado a declarar que la Luz construye, que construye formas de todo tipo y nivel. Ahora, para sintetizar los dos conceptos, consideramos a la Luz como *el gran Arquitecto*, que proyecta, dirige y ejecuta las Obras solares y universales.

En resumen, *la Luz es el origen de la manifestación; ella sostiene su Devenir y la conduce a la Meta.*

Para llegar a esta, que parece una conclusión y es un principio, no se ha utilizado el método experimental o empírico. Por el contrario, de vez en cuando se han asumido, en lo alto, ciertos axiomas, a fin de interpretar los fenómenos, como es debido, para proceder de arriba hacia abajo. Es el método opuesto.

Se afirma que lo experimental es cierto e indubitable, pues parte de **hechos**, entendidos por la ciencia moderna como bases estables, comprobados, precisamente, por la experiencia. Entonces, según esta concepción, los fundamentos de la verdad están definitivamente abajo, y lo que está arriba es incierto y poco fiable.

En virtud del principio de las dos verdades, esta interpretación sería tan válida como la contraria; pero tiene un punto débil, precisamente en lo que se cree que es su punto fuerte, a saber, los *hechos*, que en realidad son incognoscibles. En vista de que están basadas en hechos, las teorías científicas vacilan, deben actualizarse y corregirse continuamente, cambian con las generaciones.

Por ejemplo, la muerte es un hecho cierto para algunos, pero para otros es inexistente, dada la continuidad de la vida. Una vela encendida es un hecho para todos, pero no para los ciegos. No se podría nombrar un único hecho verdadero, es decir, válido e idéntico para todos los observadores en todas las circunstancias. *Los hechos son, en realidad, arenas movedizas*, sobre las que es imprudente fundar algo, y mucho menos una estructura científica.

Los supuestos «elevados», que podrían llamarse «causales», parecen, por el contrario, inciertos y gratuitos —y por eso se los rechaza—. Se dice, ¿quién es tan loco como para fundar una escuela en el Cielo? Y se afirma enfáticamente que solo lo concreto es real, mientras que lo celeste es tan insustancial como una bocanada de vapor.

El método experimental ha llevado a la ciencia a producir maravillas tecnológicas, pero a fracasar como guía para el hombre. El método opuesto, que parte de presuntas verdades y las compara con la experiencia, es en cambio un guía seguro, capaz de sustituir y superar los prodigios mecánicos.



Cuando comenzó esta investigación, la Luz era comprendida como esa energía banal y cotidiana que todo el mundo cree conocer. No se sabía nada más. En cuanto se ha dejado de lado el método experimental para seguir el camino superior, se ha descubierto en la Luz un poder ilimitado y trascendente, que ejecuta un Plan de desarrollo cósmico en el mismo instante que se piensa en ello.

Una vez postulado el principio del gran Arquitecto, se deduce que existe una jerarquía activa de centros creadores menores, dispuestos en siete niveles o cualidades espaciales y siete órdenes dobles de entidades operativas, a saber: *rayos* y *ondas*. De hecho, siete son los colores del espectro solar, las expresiones de la Inteligencia suprema.

Cada centro irradia cíclicamente su propio campo, y este responde con ondas de Luz oscura. *El hombre es un centro, y dispone de un espacio propio* en el que actúa y trabaja libremente, por amor. Ese campo no está definido ni es visible; tiene límites elásticos, que varían según la presión de su Luz —y lo mismo puede decirse del Sol y de las estrellas—. El hombre moderno aún no es consciente de su espacio vital, y por esta razón no lo cuida ni lo gestiona como debería y podría; lo llena, sobre todo, de formas artificiales, que rara vez se ajustan al diseño superior. Un día lo poblará con criaturas vivas.

Estas reflexiones y otras similares indican que *el Proyecto procede proyectando*, y se compone de innumerables planes menores; y cada uno de ellos contiene otros, una infinidad, dispuestos por jerarquías y son interdependientes. Por lo tanto, el hombre planifica; pero a su vez es planificado. La Luz proyecta y crea la Luz, es decir, todo es Luz, todo es comprensión inteligente.

*

Cuando se contempla el cielo nocturno, la vista es el único sentido que está activo; y no se ve más que la Luz, radiante y oscura: las estrellas y el espacio celeste. Cuando sale el Sol, todos los sentidos entran en funcionamiento, y aparece el mundo de las formas y los colores, que son Luces: los rayos dirigen, las ondas colorean.

La Luz estelar revela lo universal; la Luz solar, lo específico y lo local —pero *en el Cosmos solo existe Luz, día y noche*—. Esta verdad perdura mientras uno siga siendo prisionero de los días.

6. EL MAGNETISMO LUMINOSO

Es axiomático que si existen dos magnetismos⁶ diferentes hay ciertamente un tercero, que está determinado por la relación recíproca de estos. Pensamos inmediatamente en la luz, que se sabe que tiene naturaleza electromagnética: también *la luz es un campo magnético*.

Sin embargo, no es tan sencillo comprender el significado profundo de esta afirmación. ¿Cómo surge la luz de la relación entre el sonido y el magnetismo espacial?

La ciencia calla y no parece ocuparse de ello. Si bien que ahora hay algunos especializados en el asunto que investigan por su cuenta; pero los investigadores capaces de aunar los campos que están divididos arbitrariamente son cada vez menos. Se podría decir que esta situación hoy se halla en su clímax; pero viene produciéndose desde los primeros movimientos científicos; por ejemplo, quienes estudiaron el magnetismo en los siglos pasados no dedicaron mucho tiempo a la luz o al sonido, salvo contadas excepciones.

Hoy, el *statu quo* es el siguiente: la ciencia no ayuda a esclarecer el asunto; los textos de la Enseñanza no lo tratan. Consecuentemente, no nos queda otra alternativa que «encender el fuego con nuestra propia leña», o sea, forjar nuestra propia teoría del asunto.

En primer lugar, observamos que *la Luz traza figuras geométricas perfectas*, aunque complejas. Los rayos y las ondas de luz siguen trayectorias precisas, e incluso las sombras que proyectan ocurren con rigor geométrico, sin errores. La cohesión entre *la luz y la geometría* es de tal grado que puede decirse que *son la misma cosa*. La luz es la geometría en acción. Invocar la luz es más una acción geométrica que mística; roza la ciencia.

La Luz es el ente que diseña el Universo y lo matiza.

Es la herramienta indispensable para proyectar (diseñar) en el Espacio y en el Cielo las geometrías que sustentan todas las formas. Nada se proyecta en la oscuridad. Debido a su dualismo inherente (es a la vez continua y corpuscular), la luz es esa energía que traza los límites de las cosas. Por ser sutiles, estos límites no son concretos; *definen, pero no separan*. Para mover las cosas, ella se revela a sí misma y revela la geometría.

Entonces, se descubre que el magnetismo espacial, el sonido y la Luz tienen una energía en común denominada *geometría*, y por lo tanto están unidos por una correlación ternaria, a pesar de que tengan apariencias tan disímiles.

Esto es un primer resultado, pero no es suficiente, porque aún no hemos hallado en el campo luminoso la correspondencia de la bipolaridad presente en los otros dos, que es fundamental para reconocer el magnetismo. En definitiva, ¿cuáles son los dos polos de la Luz?

En este sentido, es bueno resumir algunos conceptos ya propuestos:

- a) El *campo magnético espacial* es la interacción de dos polaridades opuestas, ambas iguales y cooperantes. El flujo de energía va del polo positivo al negativo. La geometría rige el Espacio.
- b) El *campo tonal* es la correlación entre dos o más sonidos (intervalos). La energía fluye en ambos sentidos. Esta correlación está definida por reglas geométricas. Las polaridades no están localizadas o determinadas, porque son libres, creadoras y colaboradoras.

En este punto, todo está listo para descubrir la bipolaridad del campo luminoso:

- c) El *campo magnético luminoso* es la correlación entre su fuente (positiva) y el Infinito espacial (negativo). El flujo va de aquella a este. La Luz es geometría. La primera polaridad está definida: es un centro de emisión; la otra es inalcanzable y receptiva.

La Luz es la correlación viva y creadora entre el Centro absoluto (el Uno) y la periferia extrema (el Dos). Al no existir separaciones, la Luz no se propaga, tal y como lo entiende la ciencia, con una determinada velocidad constante, sino que llega a su destino por explosión. De esta manera también demuestra su bipolaridad inherente: la explosión es discontinua, la Luz «llena» el Espacio. En el firmamento, las fuentes de Luz son innumerables, y cada una representa al Uno, y cada una de ellas explota su Luz en el Espacio.

Por lo tanto, el Espacio es rico en infinitos campos magnéticos, todos ternarios y animados por triples correlaciones internas.

*

La Luz graba sus geometrías en el campo magnético; las proyecta, es decir, las diseña. Une el sonido creador con el campo, por esta razón es inteligente y comprensiva. Es generada por esa unión; por consiguiente, es iluminadora. Su dualismo provoca una explosión; pero la explosión, en lugar de dividir y desmembrar, une el Uno con los muchos, y los muchos con el Uno. Es precisamente esta explosión la que genera las criaturas que son los habitantes del Espacio.

7. La LUZ, el CICLO y la ROTACIÓN

Para resumir lo que se ha expuesto en las páginas anteriores, seguimos este esquema, que representa una serie de *identidades luminosas*:

INTELIGENCIA DIVINA, LUZ, GEOMETRÍA, CICLO, ROTACIÓN.

Ya hemos hablado de las primeras, queda por comprender la segunda, la que denota el ciclo de la Luz como el autor de la rotación. La cuestión es importante, puesto que nadie puede explicar el movimiento de rotación de los cuerpos celestes, salvo con teorías vagas y poco convincentes; y es un fenómeno esencial para la vida de las criaturas.

¿De qué modo el ciclo, una entidad sutil, los pone en rotación? Esto parece una tontería. En consecuencia, es necesario aclarar el problema si se quiere proceder con seguridad. Para tal fin, es bueno examinar la naturaleza del ciclo, visto como un elemento luminoso y creador. Las siguientes frases pretenden profundizar en el conocimiento de esa energía cósmica.

Empezamos por reconocer que *todo ciclo se divide en cuatro fases*, que son doblemente simétricas entre sí: los *solsticios* y los *equinoccios* son discontinuidades, es decir, elementos causales que distribuyen ordenadamente sus cualidades «estacionales». Cabe señalar que toda la existencia se rige por el ciclo, y ella misma es cíclica: no sucede nada que no esté incluido en un ciclo.

La diferencia entre el ciclo y el tiempo es abismal. El tiempo no tiene cualidad, no es creador, no tiene origen, no tiene propósito: no es una entidad. Es la pura nada. Por el contrario, el ciclo es el verdadero creador histórico de la existencia formal; y esto depende del conjunto de esas cuatro discontinuidades que lo construyen mágicamente. Si —por una hipótesis absurda— no fuera así, el ciclo no produciría nada, no actuaría en la historia, no impulsaría el movimiento de rotación; estaría totalmente desprovisto de vigor creador.

El hombre moderno no se beneficia de las cuatro piedras angulares del ciclo, porque no las siente en su conciencia y, por lo tanto, no las utiliza, como bien podría. Cualquier estudio no astronómico del Sistema Solar se considera ahora supersticioso o inútil, como si nada vinculara a la Tierra con la comunidad cósmica de la que forma parte. El hombre se comporta como si el destino de su planeta fuera independiente del solar y su órbita no produjera más efecto que el cambio de las estaciones. Esto demuestra su inmadurez y debilidad, ya que aún no es capaz de vivir en la sociedad solar y contribuir al trabajo común.

Esta es una de las razones por las que se recomienda estudiar de la mejor manera posible las propiedades del ciclo, precisamente para incluir ese concepto en la mentalidad general, y demoler el tiempo, que obstaculiza seriamente la evolución de la conciencia y el conocimiento humanos.

*

Un poco antes se ha escrito que no se sabe explicar claramente la rotación planetaria, que no se conocen sus verdaderas causas y que se considera como un fenómeno natural, trivial; y se le da poco interés. De ello, solo se proponen conjeturas mecanicistas. Sin embargo, *el secreto de la rotación reside seguramente en la acción diferente pero conjunta de las cuatro discontinuidades cíclicas mencionadas anteriormente, que, al ser causales, supervisan todos los cambios, sean cuales sean.*

1. Solsticio invernal. Se asume esta como la discontinuidad inicial, ya que en este momento las energías implicadas están en el nivel mínimo y el ciclo anterior está agotado.

El momento es crítico, porque el ciclo podría no renovarse. Esto sucederá cuando se complete el Ciclo de los ciclos, el supremo y único. La reactivación solo se produce porque la Obra, aún no acabada, mantiene activos los infinitos ciclos menores y asegura su reinicio.

Por lo tanto, la primera discontinuidad está relacionada con la Voluntad y su propósito, o sea, se puede afirmar con seguridad. Desde el primer momento, todas las cosas y todos los acontecimientos *se mueven* hacia una finalidad, que es desconocida para las criaturas, pero no para el Supremo. El devenir es una especie de movimiento, del que también se deriva el movimiento físico; este lo representa y es su consecuencia natural. Sin el impulso imparable de la Voluntad universal, no existiría ninguna forma de movimiento.

El inicio del ciclo determina y especifica la fase final; por consiguiente, las cualidades introducidas en la existencia formal serán logradas; es sencillo, lógico, comprensible. Sin embargo, muchas sociedades contemporáneas, que llaman a ese momento «nacimiento», no lo tienen en cuenta de forma práctica; no investigan el final, que es visible desde el principio. De este modo se pierde la posibilidad de seguir inteligentemente las líneas generales del futuro, que permanece (por su propia culpa) ignorado y oscuro —si lo tomaran en cuenta se evitarían muchas tragedias, y la evolución sería más rápida.

En definitiva, el solsticio de invierno es *el primer impulso para moverse*. Entonces, ¿por qué girar en círculos? Porque la Voluntad superior respeta la libertad de los menores: el centro del planeta permanece inmóvil, libre de girar alrededor de otro centro mayor, y así sucesivamente, hasta el Centro absoluto, que no se mueve, porque es la Libertad total. Los centros menores no son esclavos de los mayores, sino colaboradores libres en las empresas de estos.

Cuando comienza un día o un año, el Logos planetario extrae energía del ciclo, es decir, de la Luz viva, pero por su propia voluntad, aplicando su inteligencia a la tarea que ha elegido según su capacidad. De este modo, *la Voluntad universal se expresa a través de infinitas variaciones de sí misma, a fin de llevar a cabo su misión a través de ellas* —y esta es la definición de libertad.

El mismo concepto puede expresarse de otra manera: si las voluntades universales fueran múltiples y diversas, reinaría el caos, que es la pseudolibertad. Sin embargo, una única Voluntad, desplegada en infinitas variaciones y cambios, deja libres a las innumerables

entidades para que estas elaboren y sigan su propia voluntad, que es seguramente una componente de la universal, que conduce al Uno.

La Voluntad universal y la libertad individual son dos aspectos de una misma realidad, son el modelo de Gobierno general. El símbolo y el instrumento de esta verdad es la orientación, que es específica para el individuo, pero nulo para lo absoluto, que está en perfecto equilibrio.

En conclusión, el solsticio invernal es la discontinuidad que abre el ciclo, lo pone en marcha, fija su desarrollo y deja libres a las criaturas implicadas. Es un Acto supremo de Gobierno.

2. Equinoccio de primavera. Es la segunda discontinuidad. La primera fue un instante de inmovilidad; esta es de máximo crecimiento, que arrastra a las voluntades menores, pero sin coaccionarlas. Las energías en juego se igualan.

Pero esta paridad no debe inducir a engaño, puesto que en primavera la fuerza del crecimiento supera cualquier resistencia. El equinoccio manifiesta, por lo tanto, un dualismo equilibrado, pero también un tercer elemento propulsor, que asegura la rotación ya iniciada.

¿Qué es? El componente irradiante y positivo de la Luz, que es el ciclo, y que supera al componente ondulante, que es pasivo. La Luz primaveral es más radiante que oscilante: esta es la verdadera causa de la prevalencia cíclica de la energía progresiva y, en consecuencia, de la puesta en marcha del movimiento de rotación.

Es un descubrimiento. **El dualismo inherente a la Luz no está en un constante equilibrio**, como se ha supuesto hasta ahora, **sino que es cíclico: en una fase predomina la irradiación, en la otra la oscilación; y la consecuencia de esto es el dinamismo del ciclo**. Los rayos y las ondas alternan sus poderes y dan origen al ciclo.

Esto es un hecho fundamental. Demuestra que la Luz es cíclica por naturaleza, es decir, móvil y variante; y es generadora de cualidades siempre cambiantes y la causa de todo movimiento.

3. Solsticio estival. La tercera discontinuidad introduce la primera simetría: de hecho, es la exacta oposición del solsticio invernal. En ese momento la energía de la luz estaba en su nivel mínimo, ahora está en su nivel máximo. La primera dio impulso a la rotación; ahora que el estímulo está suspendido y el movimiento se lentifica, continúa «por inercia». Este es el momento de la alternancia: la luz oscilante reacciona y comienza su propio ciclo.

La Voluntad inicial e iniciadora ha logrado su propósito, pero la conciencia aún tiene que asimilarlo. Se puede decir que la segunda fase del ciclo de la Luz es concluyente, en el sentido de que ordena el regreso al origen, llevando los frutos, para comenzar de nuevo con mayor potencia. En esta etapa estamos solamente en la mitad del ciclo, pero todo está ya declarado y

realizado. Ahora la energía oscilante comienza a conservar los productos interiores, los despoja gradualmente de su forma y los libera.

El solsticio estivo es la segunda fase de lentificación, pero opuesta a la anterior, la invernal, que era el preludio del crecimiento; esta inicia la decadencia formal.

La tercera discontinuidad es la gloria del ciclo, su mayor luz, su más amplia expansión; ahora las energías negativas, ondulantes, están a punto de surgir y deshacer las formas y liberar los contenidos.

4. Equinoccio de otoño. Es simétrico al de primavera; lo equilibra, invirtiendo el proceso: las formas que entonces crecían en belleza ahora declinan, se hacen más pesadas y parecen dominar mientras están muriendo. Esta simetría particular, que se opone e invierte, es típica del movimiento rotatorio; no está presente en las otras formas de movimiento.

La cuarta discontinuidad cierra el ciclo, desmonta la construcción externa y guarda y preserva su interior.

La naturaleza oscilante y continua de la Luz asume el control, arroja su propia «oscuridad», relajante y beneficiosa, sobre el desarrollo; prepara la siguiente eclosión de naturaleza radiante. El fin de un ciclo asegura su reinicio.

*

Hemos estudiado la estructura interna del ciclo de la Luz, en un sentido dinámico; los hemos hecho a grandes rasgos, en la medida en que es posible hoy en día. Las fases continuas enlazan las cuatro discontinuidades y las expresan en el mundo del devenir, cualificando los acontecimientos. El fluir cotidiano de los acontecimientos desconcierta al hombre, porque ignora el poder creador del ciclo, y le parece caótico y confuso; busca en vano las causas reales y se aferra a las secundarias o, peor aún, a las causas aparentes y falsas, aumentando así la confusión general.

En realidad, el ciclo no crea los acontecimientos, sino que los cualifica y ordena.

*

Antes de cerrar este apartado, urge responder una pregunta; de lo contrario, la teoría aquí esbozada sería ineficaz.

PREGUNTA: Si la Luz solar es cíclica, es decir, los rayos y las ondas se alternan, ¿cómo se explica que en el hemisferio sur las estaciones se inviertan? Está iluminado en el mismo día, por el mismo Sol. Cuando en el norte predomina la irradiación (primavera), en el sur domina la ondulación (otoño), y sin embargo la Fuente de Luz, que rige el ciclo, es la misma.

RESPUESTA: La Luz solar tiene su propio ritmo, que, por las razones ya expuestas, se calcula que tiene una frecuencia de 840 años terrestres: es el *Día grande del Sistema*. Este ciclo difunde la energía por todo su Espacio, a través de las cuatro discontinuidades descritas anteriormente, y es la causa del ascenso y descenso de la energía evolutiva.

Cada planeta extrae fuerza de él, que procesa y utiliza en su propio beneficio. La recibe en el Polo Norte, la atrae hacia el centro, *donde la invierte* para servir a los dos hemisferios por igual, y la devuelve, agotada, por el Polo Sur.

La fuerza extraída del Sol es proporcional a la potencia del planeta; y dado que proviene de un ciclo mayor y vivo, *es una dosis cíclica, capaz de actuar como un ciclo específico, menor y autónomo*. El «cuanto» de energía extraído del Sol se convierte en un ciclo independiente. Los ciclos planetarios del Sistema Solar son dosis cíclicas de diferente cualidad y potencia, extraídas de una sola Fuente, que rigen la vida y son proporcionales a la potencia del cuerpo celeste en cuestión.

Una dosis de ciclo es un ciclo autónomo.

LA LUZ EN EL SISTEMA SOLAR

El Sistema Solar, como un cristal de geometría variable, absorbe y escinde la Luz del Sol. Cada una de las Luminarias gestiona una propiedad, que es una cualidad de Rayo. En particular, la combinación de las energías de Júpiter (2.º Rayo) y Saturno (3.º Rayo) manifiesta su capacidad creadora.

Dada la hipótesis, la que ha sido propuesta anteriormente, de que la Luz expresa un ciclo de rayos y ondas, debido a las cualidades esenciales de estas dos Luminarias, se supone que Júpiter gestiona principalmente el aspecto ondulatorio y pasivo; y Saturno, el radiante y positivo; dicho con otros términos, que el primero rige la Luz oscura, oscilante y continua; y el segundo, la Luz brillante, discontinua y radiante.

Sobre esta base, las discontinuidades del ciclo generadas por ellos pueden interpretarse como sigue:

- a) **Oposición.** Prevalencia de la Luz oscura. Las ondas de luz invaden el Espacio.
- b) **Primera cuadratura.** Equilibrio momentáneo entre las ondas y los rayos, que están a punto de tomar el predominio.
- c) **Conjunción.** Los rayos rigen y dirigen la construcción. El aspecto radiante y positivo de la Luz está en su apogeo.
- d) **Segunda cuadratura.** Los rayos y las ondas se equilibran entre sí; pero estas están a punto de afirmarse.

La alternancia cíclica descrita de este modo, si es aplicada a la lectura del estado del Sistema Solar, debería sugerir una mejor comprensión del ciclo Júpiter-Saturno, responsable del programa evolutivo general. Esto podría perfeccionar el esquema interpretativo basado en las estrellas de seis y cinco puntas, que hasta ahora parece ser el medio más sencillo y eficaz para estudiar la condición psíquica del Sistema Solar.

COMPENDIO

En la Introducción han sido mencionadas las piedras angulares de la nueva teoría. Ahora se pueden enumerarlas por orden:

- 1) La Luz es el tercer poder cósmico; es una Inteligencia suprema.
- 2) La Luz nace debido a la explosión del Centro (rayos) y la implosión simultánea del Campo (ondas), por amor.
- 3) La Luz es un ternario:
Inteligencia;
Ondas, Luz oscura, Amor magnético;
Rayos, Gozo.
- 4) La Luz se propaga instantáneamente. No tiene velocidad; tiene una velocidad infinita.
- 5) La Luz matiza las cosas y define la naturaleza de estas.
- 6) La Luz es una Geometría viva. Es el origen de todos los ciclos y movimientos.
- 7) La Luz cíclica es el gran Arquitecto del Universo.

Esta teoría no tiene pretensiones científicas en el sentido moderno del término. No es el resultado del método experimental. Es un ejemplo del diálogo que tiene lugar entre el Cielo y el hombre, que es un método riguroso, mucho más de aquel, que se basa en los resultados instrumentales. En efecto, no es correcto estudiar la Inteligencia con dispositivos mecánicos, que sirven para aplicarla, no para conocerla.

Los principios fundamentales son hechos verdaderos, de lo contrario no serían verdades. Son principios rígidos e inflexibles que rigen la teoría general. En consecuencia, esta puede ser comparada con un edificio, al que se le pueden hacer modificaciones y mejoras, mientras la estructura portante sigue siendo la misma.



En realidad, la actual teoría científica de la Luz no tiene ni pies ni cabeza. Aparentemente está verificada y documentada, pero no tiene una robusta estructura regente. Nunca ha sido expuesta de forma clara y definida; y no es más que un conjunto de diversas ramas y teorías parciales de dudosa validez.

Esto es un defecto de todo el vasto repertorio de la ciencia, acumulado a lo largo de tres o cuatro siglos, que asusta al profano con su majestuosa apariencia. Con esto no se pretende menoscabar el valor del inestimable esfuerzo humano, el fruto de la tenacidad y la paciente

inteligencia, sino señalar los límites de un conocimiento superficial, materialista y agnóstico que pocos saben reconocer.

La nueva teoría no está respaldada por el pensamiento académico u oficial. Ella es libre, sonriente y ligera. Se parece más a una frágil flor silvestre que a un conjunto de elaboraciones eruditas y aburridas. Las flores silvestres son delicadas e indefensas; sin embargo, sus orígenes se pierden en un pasado lejano. Pisoteadas o cortadas, resisten todos los insultos. Son las mismas que deleitaron a los griegos, a los árabes y a los chinos hace miles de años. La ciencia, en cambio, es un mero episodio histórico.

¿Cómo se puede estudiar la Luz —que es el gozo— sin gozo?

Estas páginas tienen una apariencia trivial; sin embargo, el lector debe saber que han nacido en el gozo, y para ser transmitidas.

